

LAS BLANCAS NUBES DE VENUS

CLARK CARRADOS

Las blancas nubes de Venus

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/048

PRIMERA PARTE

SOBRE LAS NUBES

CAPÍTULO I

En lugar de «Las Blancas Nubes de Venus», esta historia podría muy bien titularse «La Astronave que no aterrizó jamás», cosa que, además de muy larga, más parece el título de un cuento infantil, como por ejemplo «El Patito que no podía volar». O bien «El Misterio del Antares», en cuyo caso podría inducir a error al lector, quien podría pensar se trata de una novela policíaca, cosa nada más lejos de mi intención.

Por todo esto, pues, le puse dicho título. «Las Blancas Nubes de Venus»; y creo haber acertado en ello, dada la peculiar constitución del segundo planeta de nuestro Sistema Solar, cubierto perennemente por una espesa capa de nubes que han imposibilitado, desde que la Astronomía entró en su segunda época, es decir, en la del telescopio —la primera fue la observación visual directa, la tercera la era de la Astronáutica—, saber qué es lo que había debajo de aquella espesa cáscara de blancos vapores, oculto desde que al primer hombre se le ocurrió levantar la cabeza un amanecer y contemplar el brillante lucero que centelleaba todas las mañanas casi en el mismo punto del firmamento visible.

También yo lo estaba viendo aquella mañana de octubre, a finales de mes, refulgir en el brillante gris del cielo que se iba transformando en espléndido azul, junto a la constelación de Leo y en conjunción con Júpiter. Miraba aquella resplandeciente estrella, fulgiendo como un punto de plata a unos cuarenta y dos millones de kilómetros de distancia, y no podía por menos de pensar en los desgraciados del «Antares», perdidos en la inmensidad de los espacios dos años antes. O quizá estrellados con su nave contra la superficie del hermético planeta, que se negaba a revelar sus secretos, celosamente guardados durante miles de siglos. Cada vez que veía a Venus, un íntimo sentimiento de conmiseración se apoderaba de mi ánimo, conmiseración que, a veces, dejaba paso a una especie de cólera latente y mal contenida, como la que siente el niño cuando quiere pasar por un sitio y un grandullón insolente le cierra el paso.

Eso éramos nosotros: unos niños; y el grandullón insolente no era otro que Venus, riéndose continuamente de la Humanidad terrestre con sus plateados guiños en la bóveda celeste. Marte había sido ya conquistado y se estaba en los inicios, bien halagadores por cierto, de la primera colonización planetaria; la Luna ya no era tomada en serio más que por los astrónomos que habían instalado en lo alto de sus agudos picachos sus observatorios, y los enamorados en viaje de novios, que hacían así efectivo un ancestral sueño milenario; Júpiter y Saturno, así como sus lunas, habían sido explorados, aunque solamente hubiera sido bajo científicos auspicios, y se estaban preparando expediciones a los tres planetas restantes, Urano, Neptuno y Plutón, con los mismos fines. Pero Venus continuaba hermético, cerrado al hombre, tan cerrado como el Edén después de que el Ángel se instaló allí con su espada de fuego.

Por ello se había enviado al «Antares», equipado como jamás nave alguna del espacio lo estuviera, con una abundante y escogida tripulación; pero el «Antares» no había vuelto. Ni sus tripulantes tampoco y, si se habían perdido o no, si vivían o estaban muertos, era una cosa que se iba a dictaminar de una manera oficial en la encuesta de aquella mañana, en el Salón del Sistema de la Academia Universal de Astronáutica, de la cual había salido yo un par de años antes, con el grado de cuarto navegante. Ya era tercer navegante, después de tres viajes a la Luna y dos a Marte, aunque, a mis veintitrés años, todavía se me consideraba joven e inmaduro para embarcar en alguna de las próximas expediciones a los planetas lejanos.

Saliendo de mi ensimismamiento, abandonando momentáneamente mis evocaciones, me dirigí hacia el cuarto de baño, de donde, al cabo de un cuarto de hora salía como nuevo. Apreté un botón y la cama

desapareció. Otro pulsador y una mesita, provista de un suculento desayuno, surgió del suelo. Los platos y cubiertos, una vez limpios a conciencia de su contenido por el apetito propio de la juventud, fueron arrojados al incinerador, tras lo cual encendí un cigarrillo y me dirigí en mi helicóptero a la Academia Universal de Astronáutica, sita en las afueras de la gran ciudad.

A medida que iba ganando terreno, me daba cuenta de que, junto con el mío, otros vehículos similares convergían hacia el edificio de clásicas líneas, de solamente tres pisos, que se hallaba en el centro de unos frondosos jardines. Al lado de éstos había terreno despejado suficiente para el aparcamiento, y allí dejé mi aparato, caminando a pie hasta la Academia, a muy poca distancia, en unión de una no muy espesa masa de gente, compuesta de periodistas, científicos, astronautas y familiares de los desaparecidos del «Antares».

Una mano se apoyó en mi hombro. Me volví. Era mi buen amigo Roy Larsen, también recién ascendido, como yo, a tercer oficial de astronavegación.

—¡Hola, Billy! —me saludó—. ¿Sientes interés por la encuesta?

—Hola, Roy —contesté—. Es lógico, ¿no? No aprenderemos nada que no sepamos ya, pero por lo menos escucharemos los graznidos de algunos de estos politicastros que creen saberlo todo por el hecho de que unos cuantos retrasados mentales les hayan concedido su voto.

—¡Vaya! Demagógica está la mañana, Billy —rió Larsen—. ¿Todavía estás escocido porque te denegaron el puesto en el «Aldebarán», en viaje hacia Neptuno?

Torcí el gesto;

—No tendría por qué estarlo, si aquel a quien se la dieron hubiera valido más que yo. Pero ya sabes cómo se ganó Splitt su título, de modo que toda otra objeción resulta innecesaria.

Larsen suspiró:

—Sí, hijo, sí; ventajas de tener un tío senador. De todas formas, yo me alegro de no ser el capitán del «Aldebarán». No me gustaría llevar a bordo un asno presuntuoso como Splitt, incapaz de adoptar una decisión oportuna en un momento determinado, y sin más conocimientos del arte de navegar por el espacio que el que tienen los socios de la «Agrupación Infantil de Amigos de los Astronautas».

Solté una carcajada. Roy era un buen amigo y su lenguaje pintoresco, pero exacto y certero en sus apreciaciones la mayoría de las veces. Le ofrecí un cigarrillo y fumando tranquilamente llegamos al pie de la majestuosa escalinata de la Academia.

Una muchacha taconeó nerviosamente muy cerca de nosotros. No pude contenerme y la miré de arriba abajo, recreándome en la contemplación. Lo merecía.

Alta, espigada, con un tipo capaz de inspirar envidia a la Sulamita, un cabello que pedía a gritos la comprobación de un joyero por si se trataba de oro legítimo y unos ojos verdes como esmeraldas, que también habrían hecho llamar al aludido joyero, eran los detalles, junto con una boca roja de fino trazo, más sobresaliente en el armonioso conjunto de la muchacha, a la cual calculé faltaban dos años todavía para llegar a los veinte.

Pero no nos hizo caso; ni nos vio siquiera. Por el contrario, yo me di cuenta de que su rostro reflejaba encontradas emociones, ninguna de ellas agradable, y me figuré que algún problema de orden sentimental interno la debía acongojar. Pasó por delante de nosotros, con rápido andar, y se confundió muy pronto en la pequeña multitud que acudía a la encuesta.

Ésta, en un principio, fue harto monótona y aburrida: una solemne exposición de los hechos que hablan sucedido desde que se concedió el primer «garant» para la construcción del «Antares», hasta que la astronave calló definitivamente en sus transmisiones, sin que antes diera motivos para sospechar una posible tragedia a bordo.

Finalmente, cuando terminó esta especie de prólogo, fueron llamadas varias personas a declarar.

La primera de ellas fue el director del Observatorio Astronómico de Monte Hadley, en la Luna, quien dijo que habla seguido ópticamente la trayectoria de la nave, hasta que la misma se hizo invisible en el cielo. Nada de particular, como puede comprenderse fácilmente.

Siguieron dos o tres astrónomos más, que dijeron algo por el estilo, y luego fue llamado Carrick B. Adams, jefe de la Base Oriental n.° 7, de donde había partido el «Antares» en su desgraciado viaje a Venus.

Tras prestar el oportuno juramento, el fiscal le dijo:

—Señor Adams, ¿conocía usted al capitán Ryder?

—Si, señor —contestó el interpelado.

—Díganos la opinión que le merecía.

—Un buen navegante del espacio, señor.

—¿Un buen navegante nada más?

—Yo diría que el mejor de los que habla entonces, dicho sea sin ánimo de molestar a ninguno de los actuales.

—¿Fue el primero que llegó a Mimas, el más cercano satélite de Saturno?

—Así es, señor.

—Recuerdo —observó pensativamente el fiscal— las maravillosas fotografías que nos trajo de su excursión. En verdad abrieron un nuevo mundo a los ojos de los humanos. Pero sigamos, señor Adams: ¿le creía usted capacitado para mandar el «Antares»?

—En mi opinión, sí, señor; de haber dependido de mí, Ryder habría sido el elegido, como en efecto lo fue,

—¿Le unía con él alguna relación de amistad o enemistad?

—No, señor; ni lo uno ni lo otro, únicamente las propias de la profesión.

—Entonces ha hecho usted los elogios de oídas, capitán Adams —objetó el fiscal.

—Más vale así que no decir que Ryder era un buen navegante sólo porque era mi amigo.

La aguda respuesta de Adams levantó una tempestad de carcajadas en el amplio salón. El fiscal se sonrojó, y cundo el silencio se hubo impuesto, volvió a la carga.

—¿Le creía usted capaz de algún fallo, señor Adams?

—¿A qué clase de fallo se refiere, señor?

—Un fallo físico, señor Adams; o quizá de índole psíquica.

—Tenia una normal constitución en todo, señor; sin embargo, he de decirle que no soy médico y, por otra parte, no había realizado con él

ningún viaje interplanetario que me permita decir algo sobre lo que usted me ha preguntado.

—¿Entonces pudo deberse la catástrofe a causas mecánicas?

—Lo siento, señor; yo no estaba a bordo del «Antares».

—¡Esa no es una respuesta! —aulló el fiscal, lívido de ira al percibir de nuevo otro tifón de carcajadas.

—Es la única que puedo darle, señor —contestó Adams, evidentemente molesto, tras de lo cual se le dio permiso para retirarse,

A continuación fue llamado el profesor Barkley, experto en combustibles. Miró al fiscal por encima de sus gafas con toda la poca simpatía que normalmente alberga el pecho de un científico hacia el de un político.

Tras las preguntas de rigor, comenzó su interrogatorio:

—¿Es usted experto en combustibles de alta potencia, verdad, profesor Barkley?

Éste sonrió levemente. Era modesto por naturaleza, pero no por ello dejaba de leer la prensa y publicaciones científicas, en donde unánimemente se le calificaba como el mejor cerebro del mundo en su especialidad. Y he aquí que un simple fiscal, orgulloso y engreído, le calificaba de «experto». Como si fuera el encargado de un poste de gasolina.

—Así es, señor fiscal —contestó blandamente el científico.

—¿Cree usted posible una repentina explosión de los tanques de combustible del «Antares», señor Barkley?

—Si les arrimaron una cerilla, es probable.

—¡Conteste sí o no, y déjese de chanzas!

—Es imposible dar una respuesta categórica, señor.

—¿Por qué?

—El combustible que llevaba el «Antares» había sido probado miles de veces y nunca habla ocurrido nada de particular. Por otra parte, caso de haber hecho explosión, ésta, transmitida a los motores nucleares, habría sido tan grande, que a la fuerza se hubiera tenido que ver

desde la Tierra con los telescopios tan potentes de que hoy disponemos.

—¿Pudo haberse estrellado la nave contra la superficie de Venus, profesor?

—Lo ignoro, señor; soy casi un lego en cuestiones que pudiéramos llamar de pura navegación espacial.

—Entonces ¿no nos podría decir tampoco el testigo si el «Antares» se pasó de largo y continúa viajando todavía por los espacios?

—No; es una cuestión por completo ajena a mi profesión.

—¿Y no cabe la posibilidad de que un grupo de supervivientes hayan conseguido instalarse en la superficie del planeta que nos ocupa?

—Señor fiscal —contestó Barkley con leve aire de impaciencia—, yo me ocupo de proporcionar el combustible para las astronaves. Lo que éstas hagan una vez naveguen en órbita libre ya no es de mi competencia,

—Entonces —el fiscal quiso ser agudo y sonrió— le pasa a usted lo mismo que al mozo de la estación de aprovisionamiento: le pone gasolina en su helicóptero y luego lo que le pueda suceder ya no le importa un pepino.

—Así es, señor —contestó Barkley, sin perder su fina sonrisa—; objeción hecha entre un vendedor de combustible y un fabricante, si vale la paradoja.

De nuevo el engreído fiscal enrojeció, y no le quedó otro remedio que despedir al científico. Varios testigos más desfilaron, sin añadir nada de interés, hasta que apareció el director de Tráfico Interplanetario, general Dubois, cuyas declaraciones terminaron con la rotunda afirmación de que se tardaría más o menos, pero que, indefectiblemente, una segunda expedición a Venus se imponía y que ya se estaban haciendo los correspondientes preparativos. «Aunque —añadió— esta vez serán lentos para no incurrir en posibles fallos y que el éxito corone la empresa.»

El fiscal soltó un bramido.

—Pues yo me opondré con todas mis fuerzas a tal expedición. Como encargado de velar por los intereses públicos, haré cuanto sea posible por que la autorización para construir y equipar una segunda

astronave con destino a Venus sea denegada.

Entonces el «coroner», que dirigía la investigación, creyó llegado el momento de poner coto a los desmanes del fiscal.

—Creo que tales manifestaciones son impropias de este lugar —dijo serenamente—. Nos hemos reunido únicamente para averiguar, si ello es posible, las causas del no regreso del «Antares», y dictaminar si es posible dar oficialmente por desaparecidos a los miembros de su tripulación. Si el señor fiscal no tiene que interrogar a ningún otro testigo, opino que el jurado debe retirarse a deliberar sobre el veredicto que ha de emitir.

El veredicto, lógicamente, sólo podía ser uno: considerarse al «Antares» y a sus tripulantes como definitivamente perdidos, recomendando se diese paso a las acciones legales para que sus herederos pudieran percibir las indemnizaciones pertinentes.

—Total —me dijo Larsen, en tanto que salíamos del salón— que el «Antares» constituirá un misterio insondable por los siglos de los siglos; como el «María Celeste», ¿no?

—Sí —le contesté—; pero con la diferencia de que la goleta «María Celeste» fue encontrada abandonada en alta mar a fines del siglo XIX y aquí no se ha encontrado ni rastro del «Antares»[1].

—En la «María Celeste» se encontró la máquina de coser de la mujer del capitán con una prenda de niño a medio hacer —murmuró pensativo Larsen—; pero del «Antares» no se ha encontrado ni la antena de radio.

En aquel momento, la muchacha de los cabellos de oro que habíamos visto antes pasó por delante de nosotros, apretando los labios fuertemente, como si quisiera contener las ganas de romper en sollozos. Pensé que acaso podría ser algún familiar de los desaparecidos que había acudido a la encuesta con ánimo de saber algo, mas desgraciadamente sus últimas esperanzas, si es que las había tenido, acababan de ser echadas por tierra. Desapareció, confundida entre la multitud, muy pronto de nuestros ojos, y, la verdad, sentí no ser conocido suyo para haberla consolado. Realmente era muy bonita y atractiva.

Pero cuatro días más tarde el recuerdo de la rubia compungida se borró de mi imaginación, cuando las agencias de noticias comenzaron a difundir la muy alarmante de la explosión de un ingenio nuclear en lo más intrincado de las selvas brasileñas, en el Matto Grosso, muy

cerca del inexplorado lugar donde nace el río Xingu. El estampido, como todos los que tienen por causa la desintegración del átomo, fue apocalíptico, colosal, y el hongo fue visible a cientos de kilómetros de distancia.

La expedición que se formó para averiguar las causas de la formidable explosión, registrada en casi todos los sismógrafos del mundo, no pudo hallar nada más de particular que una extensa área radiactivada y en la cual se habían producido grandes incendios en la espesísima vegetación de la selva, pero sin ningún dato que permitiera la más mínima pista.

Hubo generales acusaciones de megalomanía del poder al Gobierno brasileño, convertida la nación en fenomenal potencia a causa de sus inacabables e incalculables riquezas naturales, pero el Gobierno del Brasil se defendió diciendo que estaba tan enterado como los esquimales acerca de las causas que hablan provocado la explosión de la bomba atómica en el Matto Grosso. Se cambiaron infinidad de notas; se habló una vez más, y ¡en qué cantidad!, de la conveniencia del desarme nuclear; pero cuando la primera expedición puso el pie en Neptuno, un mes más tarde, ya nadie volvió a acordarse de aquel estallido.

También yo llegué a olvidarme de la hermosa rubia: mi trabajo y mis viajes por el Sistema Solar absorbieron casi todo el tiempo de que disponía, hasta que, de pronto, y cuando menos lo esperaba, mi ascenso a segundo navegante y mi destino al «Amaltea» me llegaron juntos, llenándome de una lógica y justificada alegría.

Mi alegría estaba justificada por la sencilla razón de que el «Amaltea» debía partir, dentro de cuatro meses, con rumbo a Venus. Y desde aquella mañana de la encuesta habían pasado ya siete años.

CAPÍTULO II

Sí; desde aquella mañana de la encuesta habían transcurrido ya más de siete años, y yo me hallaba, como primer oficial de astronavegación del «Amaltea», recibiendo a la gente que llegaba a través del corto túnel estanco que nos unía con la Base Orbital número 3, girando a varios miles de kilómetros sobre nuestro resplandeciente planeta.

Pero antes de que hubiera llegado aquel momento, yo, como todos los miembros de la tripulación, habíamos tenido que familiarizarnos con los más pequeños detalles de la colosal nave del espacio que nos iba a llevar a Venus. Y, en verdad, la tarea no había sido fácil, pero al fin se había dado cima a la empresa con halagüeño éxito.

Ya estaba todo listo para la partida, que tendría lugar antes de tres horas. Los últimos rezagados estaban llegando: astrónomos, físicos, ingenieros electrónicos y de comunicaciones, ingenieros mecánicos, topógrafos, mineralogistas, fotógrafos, geofísicos... en fin, todas las ramas del saber humano que pudieran tener alguna relación con la astronáutica planetaria y, en especial, con la venusina. Tenía la lista de embarque en la mano, que no había tenido tiempo de leer, ni siquiera me había preocupado de ello, y solamente arrojaba un indiferente vistazo al documento cada vez que un viajero llegaba y daba su nombre, grado y condición.

Mientras tanto, mis ojos no se podían apartar del gigantesco, colosal artefacto que era el «Amaltea», horrendo conjunto de esferas, cilindros, cables, viguetas, espejos y antenas, de tamaño superior al de un trasatlántico de tipo medio, pero que, no obstante, para un enamorado de la navegación espacial como yo, brillaba en la eterna noche sideral con innegable belleza. Era una nave, como ya dije al principio, destinada a no aterrizar jamás; había sido construida en el vacío y, cuando se hiciera vieja e inservible, en el vacío sería desguazada. Jamás tocaría tierra, ni de nuestro planeta ni de cualquier otro mundo del cielo.

En su lugar, lo harían los seis aviones cohete, de diferentes tamaños, pero todos grandes, que llevaba adosados a distintos puntos de la estructura. El «Amaltea» quedaría girando en una órbita circular alrededor de Venus, sirviendo tanto de estación espacial como de aprovisionamiento de los expedicionarios, en tanto que éstos hacían sus exploraciones en Venus... si teníamos suerte para poder llegar hasta allí. Esperaba que sí la tuviéramos; no se había olvidado el menor detalle y, tal como se había planeado el viaje, había combustible suficiente para ir y volver varias veces al fin del Sistema antes de repostar. En cuanto a víveres para tripulantes propiamente dichos y pasajeros, los había en cantidad bastante para qua durasen cuatro o cinco años comiendo a dos carrillos; con un poco de racionamiento que no hiciese sufrir gran cosa, se alargarían hasta siete al menos.

Desvié mi vista de la nave. Un nuevo viajero llegaba. Saludó, dando su nombre.

—Erno Sigini, médico.

—Encantado, doctor. Me llamo Carrillo, Billy Carrillo, y soy el primer oficial. Puede llamarme Billy a secas.

—Gracias —sonrió el cetrino Hipócrates—; haga lo mismo conmigo, Billy.

—O.K., Erno. Cámara veinticuatro, litera siete. Quedan —consulté mi cronometro— dos horas y cuarenta y un minutos. Tiene tiempo de sobra para acomodarse.

—Gracias, Billy. Hasta luego.

Cinco minutos más tarde vino Larsen. Estaba acomodando a los que llegaban y desconocían su sitio. Aunque éramos del mismo grado, a él le habían dado el puesto de tercer navegante, pero no me guardaba rencor; en nuestra amistad no había lugar para tales sentimientos. Por el contrario; ambos estábamos encantados de viajar juntos, y la satisfacción no nos cabía en el pellejo.

—¿Cómo va la cosa, chico? —me preguntó, dándome una atroz palmada en la espalda.

—Magnífica, Roy. Creo que ya faltan muy pocos —y de pronto vi que un nuevo personaje me aparecía por el túnel.

Lo reconocí instantáneamente. Era el agudo y antipático fiscal de la encuesta, cargado con una bolsa de viaje tan grande como su persona. ¿Qué diablos tenia él que hacer en una expedición astronáutica? A no ser que, como «hobby» o distracción fuera de su trabajo habitual le diera por los viajes interplanetarios. En todo caso, su aspecto era tan orgulloso y poseído de si mismo como cuando se hallaba en un estrado perdonando la vida a los testigos.

—Buenos días —saludó secamente, mirando la lista que tenía en las manos—. Soy Eneas Whipper.

«Soy Eneas Whipper». Lo mismo habría podido decir «Soy el Grande y Magnífico Emperador del Mundo y sus Alrededores Cósmicos», tal era la nota de hinchada presunción que había en sus palabras.

Consulté la lista. Me maldije por no haberlo hecho antes; pero ¿qué necesidad tenía?

—¿Consejero… le…gal…? —balbucí, terriblemente desconcertado.

—Así es —contestó Whipper sin inmutarse—. Tendré a mi cargo todos los aspectos legales y jurídicos que puedan surgir en el transcurro del viaje.

—Una especie de comisario político, ¿eh? —dijo, zumbón, sin poderse contener, Larsen.

Whipper frunció el ceño.

—Esa no es la expresión adecuada, teniente —dijo secamente—. Mi misión es informar de diferentes aspectos que, en contradicción con las leyes...

—Está bien, señor Whipper —dije—. Su litera es la número ocho de la cámara tres.

—¿Cámara tres, litera ocho? —repitió atónito.

—Así es, señor.

—¡Pero yo necesito una cámara para mí solo! —exclamó, muy irritado, y de nuevo volví a asombrarme—. Tengo que instalar mi despacho, mis archivos, una mesa para mi ayudante, un armario para los códigos...

—Lo siento, señor —repuse cuando me hube recobrado de la parálisis en la lengua que me habían producido sus insensatas peticiones—; en el rol figura usted colocado en la cámara tres...

—¡Me quejaré al capitán Beaumont! —chilló Whipper—. ¡Me quejaré a la Comisión de Tráfico Interplanetario, a la Comisión Senatorial de Viajes Espaciales, a...!

—Por aquel pasillo, señor Whipper —le dije, cortando en seco aquella colérica verborrea y dándole la espalda con ofensiva deliberación.

El hombre se alejó sin cesar de chillar, y cuando estuvimos solos, Larsen y yo, mirándonos, nos echamos a reír.

—Sólo nos falta una cosa —dije.

—¿Y es...?

—Un agente de Bolsa. Quizá lo necesitemos en nuestras transacciones bancarias con los venusinos —y de nuevo soltamos el trapo de la risa, pero era evidente que todavía no habían acabado mis sorpresas aquella mañana.

Otro hombre apareció ante nuestros ojos. Vestía una camisa caqui, con cartucheras en los bolsillos, pantalones de dril del mismo color y botas de media caña con cordones de cuero. Ceñida al talle llevaba una canana llena de gruesos cartuchos, y del hombro le pendía el rifle de cañón más grande que había visto en mi vida. Su cabeza estaba cubierta con un sombrero de anchas alas, que llevaba la clásica cinta pintada de piel de leopardo de los cazadores africanos.

El hombre sonrió alegremente.

—¡Hola, amigos! Soy Jerry Mulkeppins, de profesión cazador.

—Ya lo veo —dije, estupefacto—. Pero ¿cazador de qué, señor Mulkeppins?

—De lo que salga, amigo. He sido designado como cazador oficial de la expedición y con «Tommy» —se descolgó el rifle del hombro, palmeando afectuosamente la sólida culata (la boca del cañón medía al menos dos centímetros) y continuó— no tengo miedo de ningún bicho por grande que sea.

Larsen se le acercó.

—Señor Mulkeppins —dijo sigilosamente—, se cree que Venus es un mundo en formación. Muy bien, pues, pudiera haber allí dinosaurios o cosas por el estilo.

—Organizaremos un safari para cazarlos, amigo. Con «Tommy» no hay quien se resista. Una vez, en Kenya, casi al pie del Kilimanjaro, me topé con una manada de seis leones. Echándome el rifle a la cara…

Suspiré, y di un corte al embuste que pretendía largarnos Mulkeppins.

—Cámara quinta, litera dos. Todo recto, Quinta puerta a la izquierda, señor Mulkeppins.

—¡Les guardaré una vértebra de dinosaurio como recuerdo! —gritó, en tanto era arrastrado por la correa transportadora.

Larsen soltó un juramento.

—¡Banda de chiflados! —masculló—. Primero un abogado; luego, un loco que viene a organizar un safari…

—Y ahora Miss Universo —dije, contemplando la esbelta figura que, con un gran maletín en la mano, venía por el túnel.

Larsen, galante, se precipitó a cogérselo, recibiendo en pago una sonrisa que iluminó por completo el tubo.

Pero apenas había llegado a mí altura, me quedé atontado por completo. ¡Era la muchacha que habíamos visto llorar durante la encuesta del «Antares»!

Tan embobado estaba que Larsen hubo de darme con el codo en un costado.

—Saluda, hombre; no seas idiota, La señorita es... ¿cómo dijo que se llamaba?

Ella sonrió de nuevo.

—Imógene Courtenay, psicóloga.

—¿Psi... qué? —dije, atontado.

—Psicóloga —repitió ella pacientemente—. He sido comisionada para estudiar las reacciones mentales de los miembros del pasaje y la tripulación durante el viaje y elevar luego mi informe...

—¡Ya! —murmuré con sarcasmo—. Freud, Jung y demás pandilla, ¿verdad, señorita Courtenay? ¿Acaso se creen allá abajo que estamos mal de la cabeza?

—Por lo menos el primer oficial, si —fue la seca respuesta que recibí, y sin más, adelantando orgullosamente la barbilla, la joven desapareció de mi vista.

Entonces me di cuenta de que no le había indicado cuál era su sitio y corrí tras ella.

—¡Señorita Courtenay! —grité.

La joven se volvió.

—¿Qué desea, teniente?

—Hem... Yo quisiera... Bueno, quizás haya sido descortés y... En fin, la ruego acepte mis excusas con toda sinceridad y... Hem...

De nuevo volvió a iluminarse aquel hermoso rostro con su sonrisa.

—Está disculpado, teniente...

—Carrillo, Billy Carrillo, a sus órdenes, señorita Courtenay. Un millón de gracias. Dispense que no la acompañe, pero no puedo; el deber, ¿comprende?

Sus largas pestañas aletearon blandamente al asentir.

—Comprendido, teniente Carrillo —y calló.

Durante unos segundos nos miramos embobados. Al fin ella carraspeó:

—Ejem, teniente, ¿y cuál es mi cámara?

Consulté la lista.

—La número doce... ¡Caramba! Ahora me explico por qué hay una cámara destinada a una persona sola.

De repente me invadió una repentina sospecha. Una súbita idea acababa de cruzar por mi mente.

—¡El fiscal! —exclamé, y, acto seguido, me volví—. ¡Roy, toma la lista y quédate en el portalón un momento!

—Sí, Billy —me dijo mi amigo, sin preguntar nada más.

Imógene y yo nos asimos a la cinta transportadora, y cuando llegamos al punto de destino, se lo indiqué.

La puerta de la cámara 12 estaba entreabierta. Pero yo la abrí del todo y, como me figuraba, allí estaba el amigo Whipper, deshaciendo su equipaje.

—Salga de ahí —le dije secamente.

El picapleitos frunció el ceño.

—¿Por qué? Ésta es mi cámara, teniente. ¿O no me oyó antes?

—Salga de ahí, señor Whipper. Ésta es la cámara de la señorita Courtenay, la única mujer de la expedición, ¿me entiende?

Los ojos del técnico legal echaron chispas.

—¿Y a mí qué me importa? —graznó—. Dije que necesitaba una cámara para mí, y la tendré.

—Salga de ahí —repetí por tercera vez—, o le echaré yo mismo a

patadas.

Sentí la mano de Imógene oprimirme el brazo.

—Por favor, teniente Carrillo, déjelo; ya me arreglaré como pueda...

—Sí, claro; metiéndose en una cámara con siete hombres más. Y este politicastro sería capaz de consentirlo y quedarse tan fresco.

—¡Teniente! —aulló Whipper—, si continúa insultándome...

Avancé hacia él y le cogí por el cuello.

—Fuera de aquí, comisario político. Le dije antes que su sitio está en la cámara tres, litera ocho, y lo quiera o no, allí hará su viaje. Y si no le gusta, lárguese a la Tierra; tipos como usted estorban, ¿me entiende?

En mis fuertes brazos, el hombre era un pelele. Salió proyectado como una bala, hasta chocar contra la pared frontera, y si no cayó al suelo inmediatamente, fue debido a la ausencia de gravedad. Su equipaje le siguió en el acto y tuvo que echarse a un lado para evitar un repentino aplastamiento de sus narices por la máquina portátil de escribir.

Alargó su colérico puño hacia mí.

—¡Tendrá usted que lamentarlo, teniente, se lo juro! No hay quien se burle de Eneas Whipper sin pagar un digno precio por su burla. Me quejaré a la Comisión de...

—¡Al diablo usted y sus politicastros! Váyase pronto a su cámara o de lo contrario, cuando arranquemos, la aceleración lo convertirá en pasta de papel... ¡timbrado! —concluí, con feroz ironía.

Imógene volvió a cogerme del brazo.

—Oh, teniente Carrillo...

La miré sonriente.

—¿Por qué no me llama Billy, como hace todo el mundo?

—El momento no es para bromas, Billy; acaba usted de crearse un mal enemigo. Whipper es rencoroso y vengativo y no le perdonará el haberle herido en su amor propio.

—Es un saco repleto de vanidad y fórmulas jurídicas, que aquí no

tienen aplicación alguna, Imógene —la contesté.

—Alguna tendrán cuando lo han enviado —fue la sensata observación que me hizo la muchacha.

Se atusó los cortos cabellos con ademán encantador, no exento de preocupación.

—Yo no le veo ninguna, si he de decir la verdad. Opino que su papel es mucho más importante, Imógene.

—¿Lo cree usted así, Billy?

—Y usted ¿duda de si misma?

—No... pero, hablando estrictamente, tampoco yo soy necesaria en la expedición —me confesó con asombrosa franqueza.

—Pues, entonces, ¿por qué se vino? —pregunté con indiscreto desparpajo.

Los párpados de Imógene descendieron un momento. Luego volvió a mirarme.

—Le ruego me dispense, Billy. Quisiera acomodarme en mi cámara.

Comprendí que aquello era una despedida y estreché su fina y cálida mano.

—Hasta luego, Imógene. En los primeros momentos estaré muy ocupado; pero luego, cuando hayamos fijado ya la órbita definitiva, espero verla con alguna frecuencia... si usted me lo permite, claro está.

—Permitido, Billy —y se desasió con suavidad, cerrando la puerta.

Me quedé quieto allí un momento, contemplando el número 12 con hipnótica fijeza. ¡Hermosa muchacha Imógene Courtenay! Pero ¿qué había querido decir al manifestarme que no era necesaria su presencia en el viaje?

Me encogí de hombros, pensando en que la mañana había sido de grandes sorpresas. Primero, el fiscal: luego, Mulkeppins, el cazador, y, para terminar, la psicóloga... En verdad, los viajes por el espacio son siempre una fuente inagotable de continuas sorpresas, pero aquél prometía dar ciento y raya a todos mis anteriores.

Sin embargo, yo ignoraba que todavía me faltaba la cuarta y más

grande sorpresa, la cual estaba a punto de producirse.

Sonó un claxon de aviso y luego el megáfono me llamó.

—¡Teniente Carrillo! ¡Teniente Carrillo! ¡Preséntese inmediatamente, sin pérdida de tiempo en la Cámara Cero!

—¿Qué tripa se le habrá roto al viejo? —mascullé, en tanto que obedecía, pero al llegar a la Cámara Cero, que así llamábamos al cuarto de control, un hombre, lleno de agitación, me salió al paso.

Pierre Durac, tercer piloto, estaba pálido, nerviosísimo, muy asustado.

—¡Billy, Billy! —gritó al verme.

—¿Qué ocurre, Pierre?

El hombre apenas si podía hablar.

—El capitán… El capitán… Está… Lo han…

Lo sacudí fuertemente por un brazo.

—Vamos, Pierre, tranquilízate. ¿Qué le pasa al viejo? ¿Acaso se ha emborrachado? —todos conocíamos la afición de Beaumont al alcohol, pero jamás probaba una gota cuando se hallaba en el espacio; apreciaba demasiado su patente de capitán para comprometerla con una estúpida borrachera.

—No…, no… —tragó saliva Durac—. Es… está… lo han…

—¡Déjame pasar! —refunfuñé al fin, y apartándolo bruscamente, penetré en la Cámara Cero.

Apenas lo había hecho, me quedé clavado en el suelo.

Tenía mis razones para dejarme inmovilizar por el estupor. Jean Beaumont, capitán del «Amaltea», estaba sentado en el cuadro de controles, con el tronco echado sobre un panel de éstos, como si dormitara.

Pero no dormía, o, por mejor decirlo, sí dormía.

Dormía el sueño eterno, ese sueño del que no se despierta jamás, si no es en otro mundo muy distinto de éste.

La culpa del sueño eterno del capitán Beaumont era fácilmente visible.

Cuando a uno le clavan un puñal, el mango siempre sobresale.

Y al capitán del «Amaltea» lo habían matado apuñalándole por la espalda. El mango del cuchillo sobresalía, manchado de escarlata, entre los dos omóplatos, en tanto que un arroyo del mismo color manaba todavía muy lentamente de la horrible herida.

Durante unos minutos permanecí estupefacto, atontado, como si no quisiera dar crédito a cuanto veían mis ojos. Pero era cierto: Beaumont estaba muerto y sólo reviviría cuando el Ángel hiciera sonar su trompeta.

Recuerdo que entonces miré con gesto mecánico mi reloj.

El gesto fue hecho de una manera puramente automática, pero me hizo salir de mi estupefacción.

¡EL CAPITAN BEAUMONT HABÍA SIDO ASESINADO CUANDO FALTABAN MENOS DE DOS HORAS PARA LA PARTIDA DEL «AMALTEA» RUMBO A VENUS!

CAPÍTULO III

Las patentes de oficial de astronavegación no se conceden a hombres entre cuyos defectos figure la indecisión, y no es que yo quiera alabarme con ello, pero he de decir la verdad, que tal es y no otra. De modo que, desde el momento en que me cercioré de que el capitán Beaumont había fallecido de un modo definitivo y el momento en que empecé a actuar, los segundos transcurridos fueron muy escasos. Tanto, que no llegaron a medio minuto. Me volví hacia Durac, el tercer oficial.

—Durac —ordené secamente—, quédese aquí de guardia, sin moverse por nada del mundo, y no deje que nadie entre a curiosear, sea el pretexto que sea el que alegue, ¿me ha entendido?

—Sí, señor —contestó el tercer navegante, muy pálido, evidentemente impresionado por su descubrimiento, pero no menos decidido a cumplir mis órdenes al pie de la letra.

Abalanzándome a la correa transmisora, me dirigí al cuarto de radio. Félix García estaba de guardia como segundo radiotelegrafista, y apenas me vio entrar, adivinó en mi rostro la gravedad de las noticias que traía.

—¿Ocurre algo, tenien...? —pero no le dejé continuar.

—¡Rápido, García! ¡Póngame en comunicación urgente, con preferencia total sobre todos los demás mensajes, con la Jefatura de Coordinación de Viajes Espaciales!

—Al momento, señor —y el radio comenzó a manejar botones y contactos, hasta que me alargó un aparato.

—Aquí Jefatura de Coordina... —empezó a decir una voz soñolienta, pero también interrumpí al comunicante.

—¡Quiero hablar con el coronel Riffley! —casi grité, y acto seguido sonó una risita comprimida.

—Cúrese la esquizofrenia, hermano. ¿Quién se ha creído que es?

—El teniente Carrillo, en funciones de capitán del «Amaltea». Necesito hablar urgentísimamente con el coronel Riffley, sea como sea y esté

donde esté, ¿me ha entendido?

—No soy sordo, amigo —refunfuñó el de «abajo»—, pero ¿se da cuenta siquiera de lo que me acaba de pedir? ¿Quiere usted que me juegue el pan mío y de mis hijos solamente por su capricho, teniente?

—Se lo está jugando a cada segundo que deja pasar sin avisar al coronel —le contesté duramente—. El capitán Beaumont acaba de ser asesinado y...

Escuché un fuerte respingo.

—¿Ase...sinado?

—Eso es —aullé, frenético, y volví a repetir—: A—se—si—na—do, para que me entienda mejor, pedazo de mula con auriculares. Si quiere saber más detalles, le diré que lo apuñalaron por la espalda. Y ahora que ya lo sabe todo, búsqueme al coronel Riffley o búsquese otro empleo. El «Amaltea» tiene que partir dentro de... —consulté mi reloj— ciento doce minutos y no puede retrasarse su marcha, so pena de echar a perder todo. ¡Necesito un capitán antes de la hora de salida!, ¿me entiende?

—Sí..., sí..., señor... Un momento... se... señor...

El momento se convirtió en un cuarto de hora largo, durante el cual consumí un par de cigarrillos, hasta que de pronto sentí por el micrófono el característico vozarrón bramador de Riffley.

—¡Carrillo! ¿Qué estupidez es esa que acaban de contarme? ¿Cree usted que éstas son horas adecuadas para sacarle a uno de la cama con pretextos de novela policíaca?

—Lo siento, señor —respondí firme y sereno—; pero el capitán Beaumont, desgraciadamente, ha muerto tal y como le han contado.

Hubo una breve pausa de silencio. Luego un trueno.

—¡Rayos! ¡Menuda complicación! ¿Y quien es el asesino, Carrillo?

—Lo ignoro, señor; tengo a Durac de guardia a la entrada de la Cámara Cero, que es donde se halla el cadáver, con orden de no dejar pasar a nadie, pero hasta el momento actual no tuve tiempo de empezar la más somera investigación.

—Es lo mismo —contestó Riffley pensativamente— que hallemos o no

al asesino; el hecho esencial, primordialísimo, es que el «Amaltea» se ha quedado sin su comandante.

—¡Y que el viaje a Venus se ha ido al cuerno, señor! —sugerí con muy poco respeto; pero mi superior no pareció hacer caso de la irreverencia con que le trataba.

—El viaje... a Venus... se ha ido... al cuerno... —repitió el coronel, quien, tras una breve pausa, añadió de pronto—: ¿Hay mucha gente enterada del asunto?

—Que yo sepa, señor, hasta ahora, usted, Durac, el radio de aquí y el de abajo.

—Está bien, Carrillo; procure que no se divulgue el secreto y, mientras tanto usted hace las oportunas averiguaciones, por si consigue algo en limpio, yo voy a menear los tobillos por aquí. Si no encuentro otro capitán para el «Amaltea» y si éste no sale a la hora prefijada, ya nos podemos echar todos de cabeza al mar. Todo un montón de miles de millones que se habrán gastado en vano y los periódicos, «en nombre del sufrido contribuyente» —comentó con amargo sarcasmo—, nos pondrán como no digan dueñas. Hasta, ahora, Carrillo.

Colgué melancólicamente, mirando a García. Éste era español y yo remoto descendiente de españoles, por lo que había algo de mutua afinidad entre los dos.

—Teniente —me dijo sombríamente—, ¿quiere decirme con qué cara vuelvo yo a Madrid, después de haberme hartado de presumir de que me iba a dar una vueltecita por Venus y que ya les traería un «souvenir»?

No pude por menos de emitir una sonrisa. Le palmeé en el hombro.

—No te desesperes, muchacho; ¿quién sabe si, a última hora, se arreglará el asunto?

Pero García seguía aferrado a una idea fija.

—Ya me dirá usted qué capitanes hay disponibles por ahí para entregarles el mando del «Amaltea» así como así. Si se tratara de una nave de servicio regular a la Luna o a Marte, no digo que no; pero a Venus... ¡Ni hablar, teniente! ¡Antes hallaría usted al hombre que buscaba Diógenes con su linterna que un capitán capaz de llevar y traer de Venus a este aparato!

Encendí un nuevo cigarrillo harto pensativo. Las palabras del radio eran de sobra razonables. Beaumont había estado junto al «Amaltea» casi desde que se hizo la primera soldadura y lo había conocido como un padre puede conocer a su hijo, sabiéndole de pe a pa todos sus defectos —muy pocos— y todas sus virtudes —muchísimas—. Por lo tanto, el nuevo comandante de la nave, además equipada con los últimos adelantos en materia de astronáutica, algunos de ellos rarísimos y no vistos, estaría tan despistado en el puesto de control como el patrón de una goleta pesquera a quien de repente se le concediera el mando de un portaaviones. Y no podían dársele más vueltas al asunto; no admitía más, puesto que era de los que sólo tienen dos caras: si una falla, sólo queda la otra, sin posiciones intermedias.

El problema, pues, era peliagudo. Y yo, dejando a un lado la violenta muerte de Beaumont, a quien había llegado a apreciar durante el corto tiempo que estuve a su lado, me sentía enormemente defraudado. Ahora se suspendería el viaje; yo desembarcaría de nuevo en la Tierra; debería esperar turno para una vacante en una espacionave; volvería a las monótonas rutas lunares o marcianas... En fin, que después de haber soñado con una oportunidad, después de haberla tenido en mis manos, sólidamente agarrada, se me convertía en humo que se me escapaba por entre mis dedos sin sentirme capaz de retenerlo. Ése era mi problema particular; los demás, a decir verdad, me preocupaban poquísimo; nada, seria la palabra más exacta.

Pero de pronto recordé que tenía que hacer algunas averiguaciones.

—García —dije—, quédese aquí y no se mueva por nada del mundo. Si ocurre algo me llama, estaré en la Cámara Cero.

—Sí, señor —dijo, y se lamentó—: ¡Maldita sea mi suerte!

Cuando llegué al puesto de mando, me encontré con una sorpresa.

Aunque, pensándolo bien, no era tan grande como yo me había pensado en un principio. Los hombres como Whipper son muy parecidos a los buharros: huelen la carroña a una distancia increíble.

El «técnico en cuestiones legales» estaba allí, en la puerta de la cámara, intentando pasar. El cuerpo de Beaumont se veía lo suficiente para saber, sin necesidad de más, cuál había, sido la causa de su muerte.

—¡Quiero pasar, teniente! —chillaba—. Soy el consejero legal de la expedición y aquí se ha cometido un crimen. La investigación debe

correr a mi cargo y…

—¡Un momento! —le interrumpí, tocándole en el hombro—. ¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro, saco de artículos?

Whipper se volvió como picado por un áspid. Logró, sin embargo, contenerse lo suficiente para sonreír con media boca.

—Ah, ¿es el teniente Carrillo? El segundo de a bordo, si no me equivoco, ¿verdad?

—Acertó usted, señor Whipper… —pero el abogado me cortó la frase.

—Lo cual quiere decir que, en los momentos actuales, es usted el capitán en funciones, ¿no?

—Me admira su clarividencia, señor Whipper —respondí sin pestañear.

—Pues entonces, sabiendo cuáles son las mías a bordo, le ruego ordene a su hombre —y recalcó la frase— que se eche a un lado, y me deje pasar. La investigación legal del crimen…

—Mi hombre —repetí también subrayando las palabras— está ahí, porque yo lo mandé, y por ahora, en lo que menos pienso es en que haga lo que usted, con una completa ignorancia de lo que es el mando de una astronave, acaba de sugerirme.

Por un momento, Whipper me miró con la boca abierta, como si no creyera en lo que acababa de oír. Luego, despidiendo llamas por sus ojillos negros y pequeños como perdigones, se puso las manos en las caderas.

—¿Quiere usted decir que me niega la entrada a la Cámara Cero, donde hay un cadáver, nada menos que el del capitán, cadáver originado a consecuencia de una muerte violenta? ¿Sabe, teniente Carrillo, a lo que se está exponiendo con sus continuas insolencias?

Empecé a perder la paciencia,

—Lo único que sé, manojo de códigos, es que aquí, por ahora, el único que hace y deshace soy yo, y lo que me pueda pasar por impedirle la entrada aquí —señalé con el pulgar a mi espalda— me importa un pepino. Lo que sí sé es lo que le va a pasar a usted, si antes de diez segundos no ha desaparecido de mi vista.

Hice ademán de remangarme los brazos y Whipper se batió vergonzosamente en retirada, sin cesar de agitar el puño cerrado ni de proferir espantosas amenazas, que, a parar mientes en ellas, me habrían cubierto de sudor de arriba abajo.

Corté de una vez aquella inagotable verborrea.

—Si no se marcha usted, ¡maldito picapleitos!, haré que lo amarren en su litera hasta que lleguemos a Venus. Y ya veremos entonces a quién va usted a protestar.

Descansé un minuto para recuperar el aliento perdido. Luego nos miramos Durac y yo y todavía tuvimos humor para sonreír levemente.

—¿Cómo se enteró de la muerte del capitán? —le pregunté de improviso.

—Oh, venía para aquí, después de acomodar a unos cuantos pasajeros, y se me ocurrió abrir la puerta para hacerle una pregunta sin importancia al capitán. Entonces...

—No siga, por favor... Debía haber muerto muy poco antes, ¿no?

—Así es, señor —me contestó el joven—. Recuerde que, cuando usted vino al llamarle yo, todavía le sangraba la herida.

—Eso es cierto —murmuré pensativo—. Luego el asesino puede hallarse todavía en la nave.

—O ha logrado pasar a la Base Orbital.

—En el primer caso, tenemos tiempo de sobra para investigar.

—Y en el segundo también, señor —objetó lúgubremente Durac—; el viaje puede darse por suspendido.

Me mordí el labio.

—Tiene usted razón. Y pensar que todos cuantos vinimos lo hicimos animados de las mejores intenciones y esperanzas, y con la mayor ilusión del mundo.

En aquel momento, una grácil figura se nos acercó suspendida por una mano de la correa transportadora. Imógene Courtenay se había cambiado de ropa y ahora vestía un impersonal traje de vuelo, compuesto por una blusa azul brillante y unos pantalones negros, traje que, salvo los inevitables distintivos, todos llevaríamos durante

nuestro viaje hasta Venus.

Pero ella se las había ingeniado —¡el diablo son las mujeres!— para, con una vulgar cinta encarnada que la sujetaba los cabellos de oro, parecer diez veces más guapa, y cuidado que lo era —y lo es— un rato. No obstante, en su bellísimo rostro había signos indudables de preocupación.

Se dirigió a mí, soltándose de la correa, apenas me vio.

—¿Es cierto que han… que han… matado al capitán Beaumont? —me disparó a boca de jarro.

Fruncí el ceño. Si ya la cosa empezaba a no gustarme, ahora, habiéndose extendido la noticia, aún sería mucho peor. Podía cundir el pánico y…

—¿Quién se lo dijo? —pregunté sin contestar directamente.

—Whipper —repuso Imógene—; lo está vociferando a todo el que quiere escucharle.

Rechiné los dientes, pues adivinaba las intenciones del abogado.

—Durac, busque a ese revolucionario y átelo con cadenas a su litera. Amordácelo además y, si no se basta usted solo, tome un par de hombres. No quiero conflictos de ninguna clase, ¿me entiende?

—Sí, señor —y el tercer oficial salió disparado a cumplir mi orden.

Yo me enfrenté por segunda vez con Imógene.

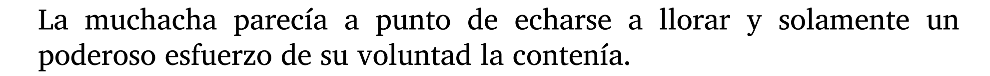
—Es cierto —confesé, cerrando la puerta a mis espaldas—; Beaumont está muerto.

—¿Quién fue? —inquirió la joven, procurando dominar su nerviosismo.

—No se lo puedo decir —me encogí de hombros—, por la sencilla razón de que lo ignoro.

—¿Entonces —los labios de Imógene temblaron visiblemente— se suspenderá el viaje a Venus?

—Es una contingencia con la cual hay que contar, Imógene. No creo la cosa tan fácil como para buscar un sustituto de Beaumont en una hora.



La muchacha parecía a punto de echarse a llorar y solamente un poderoso esfuerzo de su voluntad la contenía.

—Oh, qué desastre —murmuró muy bajito.

—¿Tanto interés siente usted por ir a Venus?

Imógene me miró con sus verdes ojos, más verdes aún a causa del agua que los invadía a su pesar.

—Sí —afirmó.

—No lo entiendo. Que sea yo el que tenga interés, puesto que, al fin y al cabo, se trata de mi carrera y de conseguir, si todo sale bien, un notable avance en ella, me parece muy lógico. Pero usted ¿no puede hacer sus «tests» a bordo de una astronave de las que hacen viajes regulares a la Luna o a Marte? ¿Tan importante es para la ciencia de la psicología el informe que usted pueda presentar a su vuelta?

—Es igual —contestó ella muy desalentada—; de todas formas, no lo entendería, teniente Carrillo. Lamento haberle molestado. Hasta la vista —y se cogió de nuevo a la correa, dirigiéndose hacia su cámara.

Antes de diez segundos, o yo era tonto de remate, estaría boca abajo sobre la litera, llenándola de lágrimas.

Pero de mi abstracción me sacó un clarinazo del megáfono.

—¡Capitán Carrillo! ¡Capitán Carrillo! ¡Venga inmediatamente a la sala de transmisiones!

Obedecí la llamada y solamente cuando eché el ojo encima a García me di cuenta de la impropiedad del tratamiento.

—¿Por qué me llama capitán? —refunfuñé, un tanto molesto.

—Cierre la puerta, por favor —me contestó el radio, un tanto misteriosamente, y luego, cuando estuvo seguro de que no había allí nadie más que nosotros dos, me alargó el micrófono—. El coronel Riffley al aparato, capitán.

—Si esto es una broma pesada... —pero opté por callarme.

—¡Carrillo, Carrillo! —gritaba.

—Sí, señor, aquí estoy.

—Escuche bien lo que le voy a decir: es usted, a partir de este momento, el nuevo capitán del «Amaltea». Usted será el hombre que lo lleve a Venus… y también el hombre que lo traiga, naturalmente.

García adivinó lo que me iba a suceder y me cogió por detrás, ayudándome a sentarme en una silla.

—Yo… capitán… del… «Amaltea»… —balbucí, terriblemente confuso.

—Exacto, Carrillo. Después de arduas discusiones, hemos llegado a la conclusión de que, fuera de Beaumont, no hay otra persona que conozca el «Amaltea» tan bien como usted. Ni tampoco otro tan capacitado, desde luego.

—Pero yo…

—No admito ninguna objeción más, Carrillo. A partir de ahora, usted hace y deshace en la astronave y a usted se la confiamos.

—Espero hacerme digno de la confianza…

—¡Cállese, estúpido! ¿Cree que, si no tuviéramos confianza en usted, le íbamos a confiar más de veinte mil millones de dólares en cacharros y combustible, sin contar los seguros de vida?

—Sí, señor —contesté, abatido; pues jamás me habría esperado tal cosa.

—Saque el cadáver de Beaumont de la Cámara Cero y haga que lo pasen a la Base Orbital, procurando tocarlo lo menos posible; que le hagan unas cuantas fotografías y me envía los negativos. Tiene usted una media hora para averiguar si hay huellas dactilares; no es mucho, pero es cuanto podemos concederle.

—Sí, señor; así se hará —y de repente, una súbita idea acudió a mi mente—. Coronel Riffley.

—¿Qué hay, Carrillo?

—Me hará falta un cuarto navegante, puesto que supongo que los otros ascenderán también un grado, ¿no?

—Es usted muy listo, Carrillo. Ya lo tiene usted, en camino.

—¿Sí? —exclamé, súbitamente interesado—. Y ¿quién es?

—Phobos Masterson es su hombre, Carrillo; hasta ahora desempeñaba

el papel de oficial de tránsito de la Base Orbital.

—¡Phobos Masterson! ¡Vaya un nombrecito! ¿De dónde lo sacó: del satélite ese de Marte?

—Se lo puso una tía suya un poco chiflada, Carrillo —rió el coronel—. Bueno, por mi parte ya está todo hecho. Lo más difícil queda para usted. ¡Adiós... y buen viaje!

—Gracias, señor —murmuré conmovido, colgando el aparato.

García casi me estrujó entre sus brazos.

—¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Incomparable! ¡No hubiera podido soñar otro capitán mejor para el «Amaltea»! ¡Voy a comunicarlo a todo el mundo y...!

—Aguarda un momento, García —refrené sus impulsos—; todavía no es hora; ya te diré yo cuándo has de hacerlo —y me dirigí hacia la salida, pues tenía que hacer muchas cosas todavía y las saetas del reloj volaban más que corrían, comiéndose los minutos.

Sin embargo, la noticia se corrió antes de lo que yo me esperaba. Y hubo una persona que si no me abrazó fue por puro comedimiento, no por falta de ganas. No es necesario, pues, que me refiera a Imógene al señalar a dicha persona, ¿verdad?

Pero tuve la dicha de estrechar su mano cuando me felicitó con sinceras y cálidas palabras llenas de aliento.

—Estoy segura —dijo con su voz tan musical— que es usted el único hombre capaz de llevar a buen puerto a la expedición.

—Con usted a bordo, la cosa es segura; no puede fallar —contesté, mirándola profundamente.

Ella se sonrojó y, desasiéndose bruscamente, desapareció de mi vista.

Lo mismo que la Base Orbital una hora más tarde; ya no era ni un puntito brillante en el espacio.

En cambio, la Tierra semejaba una colosal bola de plata y azul que refulgía magnificente contra la negra pared constelada por billones de luminosas perforaciones. Sin embargo, también acabó por convertirse en una lucecita más, y sólo cuando ocurrió esto me convencí de que, en efecto, el «Amaltea» navegaba ya en órbita libre rumbo a Venus, y

yo, Billy Carrillo, que había pensado solamente en ser un modesto primer oficial de astronavegación, era su capitán.

EL AMO A BORDO, DESPUÉS DE DIOS.

CAPÍTULO IV

Sí, el amo a bordo después de Dios, conforme rezaba el viejo refrán marinero. Todas las decisiones deberían ir a mi cargo, las buenas y las malas; el orden, el mantenimiento de la disciplina, la conducción de la nave, su colocación en una órbita circular en torno a Venus, el aterrizaje en este planeta, la exploración subsiguiente, el retorno y diez mil cosas más, de las cuales ocho mil muy bien podrían ser imprevistas, quedaban a mi cargo; es decir, al de un hombre que recién acababa de entrar en la treintena y que, normalmente, con mucha suerte, bastante aplicación y una completa y total entrega y devoción por el servicio y la profesión, habría tardado diez años al menos en mandar una astronave corriente y vulgar, de las espaciolíneas Tierra—Luna y viceversa. Otros cinco años más hubieran tenido que pasar antes de tomar el mando de un aparato de rutas lejanas; y de pronto, heme aquí que por obra y gracia, sí es que gracia podía tener, de un repugnante asesinato, me veía convertido en comandante de la mayor, más complicada y jamás mejor equipada astronave que jamás había surcado los cielos, lanzado a la más atractiva aventura que nunca habla tenido la Astronáutica. Si todo ello no era para acobardar a un hombre, metiéndole el resuello en un puño, ya me dirán ustedes qué otra cosa podía ser.

Durante los primeros «días» —y llamo días al espacio de tiempo compuesto de veinticuatro horas terrestres, puesto que a bordo se mantenía el horario del planeta— todo fue bien; en verdad, no podía tener motivo alguno de queja y los oficiales desempeñaban a las mil maravillas su papel, Masterson incluido. Digo incluido, porque, la verdad, habiendo entrado a formar parte del equipo a última hora, no habiéndose familiarizado con la nave como nosotros, durante más de cuatro meses, era lógico que tuviera cierto sentimiento de aprensión hacia él, cosa que no me ocurría con los demás, a quienes conocía desde el primer momento, y a Larsen desde muchísimo antes. Pero Phobos Masterson demostró poseer sobrados conocimientos del arte

de la navegación espacial, de modo que, con el tiempo, llegué a desentenderme de él del todo.

Llevaríamos una semana de viaje, encaminándonos hacia el interior del Sistema Solar, cuando una buena «mañana» alguien picó con los nudillos en la puerta de mi camarote. Naturalmente, al ascender, había trasladado todos mis bártulos al del difunto Beaumont, puesto que era el lugar que realmente debía ocupar.

Estaba sentado a mi mesa, haciendo una serie de cálculos en borrador, números que, una vez comprobados, irían a parar a la calculadora de órbitas para su corrección y tabulación definitiva, por lo que la interrupción me sentó bastante mal.

—Pase —dije con un bufido, y apenas se había abierto la puerta, me tuve que levantar—. Hola, Imógene.

—Hola, Billy —contestó la muchacha, sentándose en el borde de la mesa. Traía un grueso cuaderno de apuntes en la mano que abrió por las primeras páginas—. Quizá le convenga saber el resultado de mis primeros exámenes de la mente de sus hombres.

—¿A mí? —exclamé con sorpresa—. ¿De qué utilidad puede serme?

Imógene hizo un leve gesto de impaciencia.

—Un capitán —dijo con tono suficiente— debe saber en todo momento no sólo las cualidades físicas y técnicas de sus hombres, sino también las psíquicas. Por esto yo...

—¡Un momento, un momento! —levanté la diestra—. ¿Quiere decir que he de enterarme a la fuerza de lo que piensan los demás? ¿Cree usted que puedo yo sentir algún interés por lo que hay debajo de sus cabellos?

—Pues sí —contesté decidida la muchacha—; para eso estoy aquí yo.

—No lo dudo —respondí—; pero, en todo caso, sus informes competerán a otras personas muy distintas a mi, Imógene.

La joven se irguió.

—¿De modo que no le importa saber que, por ejemplo, Eneas Whipper es un indisciplinado y un levantisco, un disconforme y un hombre al que, de no ponerse pronto coto a sus actividades, habrá que encerrar bajo siete llaves, so pena que le soliviante a todos cuantos aquí viajan?

—Eso ya lo sabía yo desde hace siete años —respondí con sarcasmo, recordando la mañana en que por primera vez le vi en la encuesta del «Antares».

—¿Ah, sí? Entonces —Imógene se encerró repentinamente en una cáscara de estudiada frialdad— no tiene ninguna importancia el que ande diciendo por ahí que usted es un incompetente y que la expedición, sin Beaumont, está condenada al fracaso. ¿Sabe que, además, dice y sostiene que usted solamente debe mandar la nave en el aspecto técnico, pero nunca en el humano y en el social?

—¿De veras? Entonces no me sorprenderá nada si, además, opina que él, y solo él, El Magnífico y Todopoderoso Whipper, debiera ser el Rey que nos gobernara con sus justas leyes, con potestad para disponer a su antojo de nuestras vidas y haciendas, como un medieval señor de horca y cuchillo… ¿verdad que sí, Imógene?

La muchacha pareció sorprendida en el primer momento, pero no tardó en reaccionar.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquinó.

—No me ha hecho falta estudiar psicología para conocerle, Imógene —repuse un tanto irónicamente, y luego pregunté—: ¿Ha hecho algún sondeo mental más?

—Sí, Billy; el de… —y aquí empezó a soltarme una lista de nombres, a cuyos propietarios les había hecho su correspondiente examen psiquiátrico.

—¿Le contaron sus sueños? —la interrumpí.

—Es claro —contestó levemente amoscada—; es el abecé del…

—¿Examinó a Alí Mekoub?

—Sí, también.

—Y ¿qué es lo que sueña el árabe?

Imógene se sonrojó.

—Vamos, conteste —la apremié—. A fin de cuentas, todos sabemos lo que pasa en las Mil y una noches.

Imógene me miró muy seria y de pronto, sin poderse contener, se echó a reír. Yo también lo hice, y en verdad que aquél fue un momento

muy agradable, pero pasó, desgraciadamente, muy pronto. Unos nudillos sonaron, por segunda vez, en la puerta de la cámara.

Apenas concedido el permiso, apareció la afilada nariz de Whipper, el cual frunció el ceño al darse cuenta de la presencia de la psicóloga. No obstante, tuvo el buen sentido de no darse por aludido.

—¿Estorbo, capitán? —dijo secamente.

Pensé decirle que sí; pero rectifiqué.

—Estoy a su entera disposición, señor Whipper —y luego agregué mordazmente—: Como a la de cualquier otro pasajero que necesite de mí.

—Está bien, capitán. Entonces le haré una denuncia oficial.

—¿Una denuncia oficial, señor Whipper? —respingué—. ¿Otro crimen, acaso?

—No, afortunadamente, capitán. Pero sí está ocurriendo algo que, de no ponérsele coto inmediatamente, llevará al crimen sin la menor duda; como si se tratara de una recta autopista, sin desviación alguna.

—Explíquese de una vez, ¡demonios!, y déjese de tantos rodeos.

—Capitán —dijo Whipper campanudamente—, en el «Amaltea» se juega.

—¿Que se juega...? ¿Y a qué, si puede saberse?

Los labios de Whipper se curvaron en una mueca de desprecio.

—A ese repelente juego llamado póquer, capitán.

—Por Dios, señor Whipper. ¿Jugar aquí? ¿En un espacio sin gravedad, donde las cartas no pueden caer? ¿Está usted tratando de hacerme pasar por tonto o imbécil?

—Lo creeré sí se está ahí quieto y no quiere seguirme.

Me puse en pie.

—Vamos allá. Y, si es una tomadura de pelo, le juro, señor Whipper...

Pero éste no me contestó; se echó a un lado, con trasnochada galantería, y nos dejó pasar a Imógene y a mí primero.

Desgraciadamente, Whipper tenía razón. En la cámara de tripulantes, en torno a una mesa, había cinco hombres, con casi una docena más de interesados espectadores, siguiendo atentamente las incidencias del juego, cuyos componentes tenían ante sí diversos cuadraditos de papel en los que vi escritas algunas palabras de significado oscuro por el momento, ya que solamente había números y una firma.

Pero no fue eso lo que más me asombró, sino el increíble hecho de que las cartas, al ser repartidas, cayeran normalmente ante cada jugador, como si nos halláramos en la Tierra, en lugar de en una astronave carente de gravedad alguna. La verdad, el suceso no pudo por menos que desconcertarme grandemente. García, el radio, era uno de los puntos de la partida.

Tenía en la mano una botella de «Star—Cola», única bebida permitida a bordo, pues los licores se guardaban para usos prácticamente medicinales, y sorbía el contenido de la botella de plástico —el vidrio estaba proscrito solemnemente a bordo—, por medio de una pajita de la misma sustancia. Sin quitársela de la boca, me guiñó un ojo al verme.

—¿Qué es eso, García? —pregunté, cuando, al fin, me hube rehecho de la sorpresa.

—Oh, ya puede verlo, capitán; estamos jugando unas manitas de póquer para matar el tiempo. Nos aburríamos y...

—Pero ¿qué dinero se juegan ustedes?

—Verá, capitán; como aquí no hay quien tenga más arriba de diez «garants» en metálico, pensamos, anees de iniciar la partida, que sería muy conveniente que cada uno de nosotros firmara vales, poniendo distintos valores, de uno a veinte «garants». Cuando termine el viaje y cobremos las pagas, entonces...

La idea no carecía de cierto ingenio. Pero ¿y las cartas? ¿Cómo se las habían apañado?

García me sacó de apuros, alargándome las suyas, que examiné con toda atención.

—Vea, capitán. De no decírselo yo, no sabría que son de metal, ¿eh?

Las toqué, completamente absorto. En nada se diferenciaban de las ordinarias que yo conocía,

—Me las fabricó un amigo mío español, de Vitoria para ser más exactos, capitán. Son de finísimo metal, imantado como es lógico, y así, al arrojarlas sobre la mesa, como ésta también es de metal, pues...

No pude contenerme y solté la carcajada. García y unos cuantos más me acompañaron en las risas, pero estaba Whipper allí.

—¡Capitán! —chilló—. ¡Esto no es para tomarlo a broma! ¡En nombre de la decencia y la moral...!

Le miré por encima del hombro. Luego volví el rostro hacia García.

—¿Hay un sitio para mí, muchachos? —dije con deliberada insolencia, dirigida especialmente, claro está, al picapleitos.

El rostro del español se iluminó.

—¡Claro que sí, capitán! ¡Con mil amores!... —y en aquel momento un sordo estruendo nos llegó a través de los mamparos metálicos.

La nave se ladeó bruscamente, y todos caímos de costado, en confuso montón.

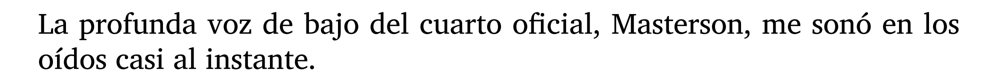
Antes de que pudiéramos recuperarnos, el «Amaltea» giró aún más sobre su eje, hasta quedar siendo pared lo que unos instantes era suelo y techo, y éstos pasaron a ser paredes. Recuerdo que me asombré, estúpidamente por cierto, de que las cartas revolotearan unos momentos antes de quedarse pegadas a la mesa, en tanto que los vales que sustituían al metálico se esparcían con enorme lentitud.

Sonaron gritos de susto y alarma; las luces oscilaron, perdiendo gran parte de su intensidad, mas la iluminación habitual se rehízo casi al instante.

Con gran esfuerzo, dada la cantidad de cuerpos que habían caído sobre mí, me puse en pie y luego, con leve impulso, salí HACIA ABAJO, por la puerta de entrada que había quedado en el suelo.

La confusión, además de escandalosamente sonora, era patética en el interior del «Amaltea». Pero yo no hice caso de los gritos ni de las continuas preguntas que se me dirigían. Muy cerca de mí tenía el micrófono de un intercomunicador, y me tiré hacia él.

—¡Cámara Cero! ¡Cámara Cero! —llamé—. Habla el capitán Carrillo. Conteste inmediatamente.



La profunda voz de bajo del cuarto oficial, Masterson, me sonó en los oídos casi al instante.

—Masterson al habla, capitán. Estoy tratando de reducir el imprevisto cambio de eje, señor.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Masterson?

—Creo que han estallado dos depósitos de combustible, señor.

—¿En dónde?

—Hacia popa, señor, junto a los tubos de eyección, según parece.

—¿Cómo lo sabe usted, Masterson?

—Por el fogonazo de la explosión, señor.

—Está bien. Dé a los tubos siete y catorce la energía suficiente para que recuperemos la estabilidad normal —luego moví el control que me pondría en contacto con toda la nave—. Larsen, Larsen —llamé—. Ven a la Cámara Cero inmediatamente. Durac y Winters también, ¡rápido!

No sé cómo, pero Whipper se echó encima.

—Ahí lo tiene usted, capitán —bramó, como si, en lugar de hallarse cabeza abajo, me estuviera acusando ante el Tribunal—. Ahí tiene usted las primeras consecuencias del funesto vicio del juego que no trae más que...

—¡Váyase al diablo! —rugí colérico, de tal forma que el hombre se asustó de veras y desapareció de mi vista en un segundo.

Nos reunimos todos los oficiales en la Cámara en pocos momentos. El tablero de instrumentos, sin necesidad de más preguntas, nos indicaba claramente en dónde habla acaecido el desastre.

Me mordí los labios pensativamente. Dos tanques, con miles de toneladas de combustible, acababan de irse al cuerno, poniéndonos en una situación sumamente difícil.

—Y todavía queda lo peor, Billy —me dijo Larsen—: comprobar los estragos que la explosión ha podido causar.

—Ya lo sé —dije, con sombríos acentos—, y lo vamos a averiguar inmediatamente. Saldremos fuera provistos de escafandras de vacío y

veremos de reparar lo que se pueda. Tú y Durac os quedaréis aquí; Winters y Masterson vendrán conmigo.

Los aludidos asintieron, y entonces yo miré un tanto incrédulamente a Masterson, haciéndome una pregunta mental: ¿cómo se las arreglarla aquel tipo para embutirse en una escafandra de vacío?

En verdad que Riffley no podía haberme enviado un hombre que más me desagradara. Phobos Masterson semejaba un gorila con inteligencia humana, pero nada más. De mediana estatura, era tan fornido, que parecía más ancho que alto. Sus brazos, gruesos, enormes corno troncos de olivo, le llegaban más abajo, sin exageración, de las rodillas, y estoy seguro de que con una sola mano habría sido capaz de retorcer una herradura. Y luego, el rostro... ¡qué rostro, Señor! Unas narices aplastadas, debajo de unos ojillos minúsculos, cubiertos casi por las espesas cejas que formaban una gruesa línea negra que apenas separaba la cara del hirsuto cabello, y, para remate, una boca horriblemente deformada por una terrible cicatriz, cicatriz que llenaba también, de un modo total y espantoso, uno de los lados de la cara, no eran precisamente un plato de gusto en lo que a contemplación de belleza se refería. Estoy seguro de que nunca pudo imaginarse Víctor Hugo un Quasimodo mejor que Masterson; no, no era posible tanta fealdad reunida en tan corto espacio de terreno.

—Está bien —dije, substrayéndome al ensimismamiento en que había caído de momento—. Vamos a equiparnos.

Un cuarto de hora más tarde, nos hallábamos en el vacío. Estábamos unidos al navío sideral y entre nosotros por cuerdas que, no obstante, nos dejaban absolutamente libertad de movimientos, mas necesarias de todo punto, pues la atracción del «Amaltea» era infinitesimal y habría bastado un leve empujón para irnos alejando gradualmente, hasta perdernos indefectiblemente en el Universo.

Nos costó un poco de trabajo hasta llegar al lugar del siniestro. La nave era, como ya dije, grandísima, pero al fin contemplamos los efectos de la explosión.

Suspiré, aliviado. Había habido explosión, sí, pero de una forma muy rara. Los dos tanques estallados no habían reventado de la forma en que lo hace una bomba, sino que, a causa quizá de la excesiva presión del combustible, se habían agrietado en toda su longitud, y por allí se había salido el gas sólido, de un modo rapidísimo, provocando, con su súbita expansión, el brusco movimiento de la astronave que la había hecho perder el eje de marcha, que ya había recuperado.

Afortunadamente, no habla sucedido lo que yo tanto había temido. De haber sido una explosión en el más completo sentido de la palabra, los tubos de eyección que nos impulsaban hacia Venus habrían sufrido daños irreparables y, ¿quién sabe si, cegados, los gases hubieran llegado, en contados segundos a un grado tal de compresión, que no hubieran dejado de provocar el estallido total de la nave? El solo pensamiento de tal eventualidad me cubrió la frente de un frío sudor, pero hube de prestar atención a Winters.

—Tendremos que deshacernos de esa chatarra, ¿verdad, capitán?

—Sí, eso es. En tanto Masterson y yo examinamos con más detención los daños sufridos, usted se vuelve dentro y se trae un par de hombres con sopletes y el material preciso.

—Sí, señor —y cuando se hubo ido, el gorila me hizo una pregunta.

—Tardaremos más tiempo en llegar a Venus, ¿verdad, capitán?

—Así es Masterson. Hemos perdido unos cuantos miles de toneladas de combustible, que nos habrían resultado preciosas, en estos momentos, pues tendremos que cortar la impulsión y calcular una órbita Hohmann de clase «A», la más económica que se conoce, como usted muy bien sabe.

—Eso quiere decir que tendremos que seguir una trayectoria cotangencial con respecto a las órbitas de Venus y la Tierra, señor.

—Exacto, Masterson; pero en las circunstancias en que nos hallamos, no queda otro remedio, salvo que queramos quedarnos para siempre en Venus.

—Podemos retroceder y suplir los tanques…

—¡No! —chillé horrorizado a través del altavoz—. ¡Sería mi ruina, y además usted sabe bien que es imposible! El momento elegido para la partida era el más favorable, y de retroceder, tardaríamos muchísimo tiempo en hallar a los dos planetas en las mismas circunstancias orbitarias.

—Tiene usted razón, señor —me apoyó Masterson—. De modo —siguió—, que en lugar de setenta y tres días como habíamos calculado para la duración del viaje, teniendo en cuenta lo que ya hemos avanzado, permaneceremos en el espacio todavía ciento treinta y dos días más.

—Eso es, si tenemos en cuenta que seguíamos una órbita de consumo medio, que nos hacía avanzar el doble que una Hohmann de la clase «A», Masterson. Sus apreciaciones no pueden ser más correctas. Pero a partir de ahora, tendremos que ahorrar el combustible, convertidos en una nueva especie de avaros del espacio.

Masterson rió algo entre dientes, pero de pronto, su mano se tendió a lo lejos, señalando algo.

—¿Qué es aquello, señor? —exclamó muy sorprendido.

—Será una estrella, Masterson.

—No es una estrella, señor —dijo éste—; se mueve con demasiada rapidez para...

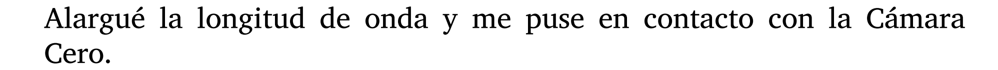
No; no era ninguna estrella, puesto que, sin necesidad de medios ópticos, se veía cruzar la negra noche del cielo aquel punto brillante que en cierto modo se dirigía hacia nosotros.

—¿Una astronave en estos parajes? —murmuré atónito—. ¿Será el «Antares»...? ¿Perdido durante más de dos años y ahora regresando a la Tierra?

CAPÍTULO V

¿El «Antares»? Y ¿quién podía saberlo en aquellos momentos? Desde luego, no era ninguna estrella; se movía con demasiada rapidez respecto a las demás luminarias en el cielo; pero así mismo tampoco podía ser, pues, más que...

Por un momento vinieron a mi mente recuerdos de fantásticas historias acerca de misteriosas espacionaves cargadas con no menos misteriosos seres procedentes de algún remoto mundo perdido en las profundidades del firmamento. Pero inmediatamente deseché tal idea; aquello ocurría solamente en las novelas, y lo que nosotros estábamos viviendo, era realidad, una realidad tangible y palpable. Era sin duda alguna un aparato construido por seres humanos, pero, ¿qué clase de aparato?


Alargué la longitud de onda y me puse en contacto con la Cámara Cero.

—Roy, Roy —llamé.

—¿Qué ocurre? —inquirió al momento mi segundo.

—Estamos viendo desde aquí un extraño objeto que se nos acerca, pero no lo suficiente para poder atraparlo. Hemos, pues, de maniobrar en sentido retrógrado hasta cruzarnos con su órbita e identificarlo.

—¿En sentido retrógrado? ¿Volver hacia atrás? Billy, ¡eso no puede ser! ¡Estamos en ruta hacia Venus!, ¿o te has olvidado de ello?

—Yo sé lo que me digo, Roy. Anda, pon atención a la maniobra; ya fijaremos, después de que hayamos visto de qué se trata, la órbita Hohmann, ganando antes el terreno perdido.

—Está bien —gruñó Roy, quien, desde la posición en que se encontraba, no podía, lógicamente, divisar aquel punto brillante, que poco a poco iba ganando en intensidad. Fijándome en las estrellas, le di los datos necesarios para cazarlo a la altura de las Pléyades, y el «Amaltea» empezó a corregir suavemente el rumbo, provocando sus movimientos una especie de seudogravedad, cuyos efectos, no obstante, pasaron muy pronto. En pocos minutos empezamos a navegar en una dirección casi opuesta a la que habíamos llevado hasta entonces, de tal modo que no tardaríamos mucho en cruzarnos con aquella misteriosa astronave.

Sentí, transmitidos por las vibraciones metálicas del casco de la nave, pasos de alguien que se acercaba, suponiendo que eran los tripulantes que regresaban con el tercer oficial. Sin volverme, abstraído en la contemplación de aquel punto de luz, cuya intensidad aumentaba por momentos, ordené:

—Winters, haga lo necesario para que esos balones vacíos sean arrojados al espacio.

—Sí, señor —contestó el aludido, y ya, de momento, no me preocupé más de él.

Sin embargo, todavía no habían pasado diez segundos, cuando más descuidado estaba, percibí una voz a mi espalda que me hizo volver de un salto.

—¿Serán los del «Antares», Billy?

El casco de la escafandra tenía en la parte anterior una especie de ventana de cuarzo sintético, un tanto azulado, de enorme grosor, capaz de detener los más nocivos efectos de los rayos cósmicos y ultravioletas, efectos mucho más de temer en un espacio en el que se carecía de la protección de nuestra atmósfera. Pero ello no me impidió reconocer las delicadas facciones de la psicóloga,

—¿Qué hace usted aquí, Imógene? Y sobre todo, ¿quién diablos le ha dado permiso para usar una escafandra?

—He sido… —empezó a decir un conturbado teniente Winters, pero ella le interrumpió.

—Por favor, Tim —se dirigió al joven—, la responsabilidad es mía y debo yo cargar con ella.

—Pero todo esto no aclara… —objeté ceñudo.

—Por favor —suplicó Imógene de nuevo—; tenia tanto interés en saber lo que ocurre… Estaba junto a Larsen cuando le dio órdenes para rectificar el rumbo…

—Bien, y eso, ¿qué tiene que ver con el «Antares», Imógene? Si no me equivoco, su interés por la astronave perdida, es más que sospechoso. Empezando por el día de la encuesta…

—No me pregunte nada, se lo ruego, Billy —dijo con lastimeros acentos—. Quizá algún día pueda aclarárselo todo y…

—Está bien; no hay mujer que no acabe saliéndose con su santísima voluntad en todo cuanto se propone, y usted no iba a ser la excepción de la regla. Quédese aquí, pero si un meteorito le perfora el traje…

Imógene sonrió y sentí la débil presión de sus dedos a través del traje de vacío.

—Gracias, Billy; siempre dije que usted es un tipo maravilloso.

—¡Qué casualidad! Igualito que mi mamá —y sin dejar de reír me apliqué al trabajo, arrojando frecuentes miradas al objeto luminoso que se acercaba más y más, sobre todo ahora que nosotros nos encaminábamos hacia él.

Media hora más tarde, veíamos de él ya lo suficiente para saber que, en efecto, la mano del hombre había intervenido en su construcción. Pero, súbitamente, Larsen me llamó desde la Cámara Cero.

—¡Billy! ¡Billy! —gritó con tal fuerza que a poco si me revienta los oídos—: ¡Lo estoy viendo, lo estoy viendo!

Todos suspendieron instantáneamente los trabajos, enderezándose como movidos por un resorte común. Masterson se plantó de un salto a su lado, y se encorvó hacía adelante, como si quisiera llegar antes al aparato desconocido. Larsen continuó:

—Es un avión cohete, Billy; idéntico en todo, aunque algo más pequeño, a los que nosotros llevamos.

—¡Entonces tiene que ser uno de los que llevaba el «Antares»! —gritó Imógene, excitadísima.

—¿Cuántos tenía? —pregunté, sin necesidad, pues harto lo sabía.

—Dos, capitán —me contestó la bronca voz de Masterson, cosa que no me sorprendió, pues todo oficial de astronavegación ha de estar enterado a la fuerza del misterio del «Antares».

—Está bien, Roy —dije, procurando contener mis nervios, pues yo también sentía la necesidad de dar un estallido que aliviara la insoportable tensión que se había apoderado de todos nosotros—. Mándame un equipo de «cow—boys».

En la jerga astronáutica, llamamos «cow—boys» a los hombres que manejan unos cables que, fijados en una astronave, son disparados en dirección a otra que pasa próxima a la anterior, para atraerla, cazándola, por decirlo así, a lazo. Naturalmente que no hay tales lazos, sino unos potentes electroimanes en ambos extremos que son los que hacen la labor. Luego un sencillo torno hace el resto, y eso es lo que me proponía ejecutar en cuanto tuviéramos al avión—cohete a tiro.

Un cuarto de hora más tarde, disparábamos los lazos, que se tensaron instantáneamente apenas tocaron los costados del aparato, cuya identificación sí que era ya definitiva: las cifras y letras pintadas en sus costados así lo indicaban con toda claridad.

El que teníamos a mano era el número 2.

—¡Falta el número 1! —exclamó Masterson, a lo cual respondí:

—Se quedarla en la superficie de Venus —y los «lazos» empezaron a tirar del aparato, con insufrible lentitud. Pero no podía arriesgarme a un encontronazo que me hiciera algunas irreparables abolladuras,

máxime teniendo en cuenta que deberíamos detenerlo con las manos, cosa que en un espacio carente de gravedad no entraña dificultad alguna.

Si alguna esperanza teníamos de hallar supervivientes, se desvaneció en seguida, apenas vimos la escotilla de la cabina abierta de par en par. Sentí la mano de Imógene oprimir nerviosamente mi brazo, así como el temblor de su cuerpo transmitirse al mío. Pero se contuvo y no dijo ni una palabra.

El primero en saltar al avión—cohete fui yo, y apenas había puesto el pie en la espaciosa cabina del aparato, hube de detenerme transido por el horror de cuanto estaba presenciando.

Instintivamente, quise dar un paso atrás, y noté que tropezaba con algo; Me volví.

—¡No entre, Imógene! —chillé.

Ya era tarde. Los ojos de la muchacha acababan de captar el espanto que producían la docena de cadáveres tirados por todas partes, en macabras posturas, denotando en sus facciones, eternamente petrificadas por el frío del espacio en una horrenda mueca de agonía, los inenarrables sufrimientos por que habían debido de pasar antes de morir, fracasados en su intento de llegar a la Tierra en un aparato tan endeble como aquel avión.

—¡Oh! —gimió la muchacha sin quitar la vista de la colección de cadáveres.

De pronto dio dos pasos hacia adelante y comenzó a mirar todos los rostros, uno por uno.

—¿Espera encontrar a alguien? —pregunté, sin recibir contestación alguna.

Imógene continuaba su camino en el interior de la cabina, arrodillándose cuando era necesario, para examinar más de cerca los rostros de los muertos.

Percibí a mis espaldas los excitados cuchicheos de cuantos habían salido al espacio. Winters, Masterson y los demás se agolpaban por encima de mis hombros, morbosamente fascinados por el lúgubre espectáculo.

Al fin, Imógene se volvió y no dejé de percibir en sus facciones una

expresión de alivio.

—¿No está, verdad? —inquirí, y ella movió la cabeza sin decir nada en concreto.

Pasó por delante de mí, en completo silencio, y se dirigió hacia el interior del «Amaltea».

Reaccioné. No podíamos seguir así.

—Winters, tome un par de hombres y mire a ver si encuentra algo que pueda darnos la identidad de estos desgraciados. Masterson necesitará más gente para deshacerse de los bidones vacíos; pídasela al segundo. Hay que obrar de prisa; estamos perdiendo ya demasiado tiempo.

—Capitán —me preguntó Tim Winters—, ¿qué hacemos después con los muertos?

Arrojé una compasiva mirada sobre los cadáveres.

—Una vez tenga en su poder todos los objetos de uso personal y haya practicado una concienzuda investigación a bordo, soltaremos el cohete. Él será, para siempre —añadí con patéticos acentos—, su sarcófago, y no creo que, siendo como eran hombres del espacio, y caso de haber tenido opción para elegir, hubieran deseado otra clase de tumba.

Hubo una pausa de silencio, rota al fin por la voz del tercer oficial.

—Sí… señor.

Sí; aquella era la mejor sepultura que podrían tener. Pasarían los años, pasarían los siglos, y el avión—cohete del «Antares» continuaría vagando por los espacios, cuando nuestro polvo se hubiese esparcido ya por la superficie de la Tierra, o también podría suceder que la gravitación del Sol acabase por atraerlo y entonces todo se consumiese en la devoradora hoguera que era el centro de nuestro sistema.

Pasé mucho rato abajo, tratando de calcular la nueva órbita, en unión de Larsen y Durac, y cuando estábamos más enfrascados con los números, la voz de Masterson me llamó, con acentos terriblemente excitados.

—¡Capitán, capitán… pronto, por favor…!

—¿Qué ocurre, Masterson…?

—El teniente Wint...—pero de pronto la transmisión se cortó y ya no oímos más.

Nos miramos unos a otros, consternados. Pero no tardé en reaccionar.

—¡Pronto, hay que salir fuera a ver qué es lo que ha ocurrido!

Lo que había ocurrido tenía muy poco de agradable, si he de decir la verdad.

Alejándose lentísimamente de nosotros, los balones estallados refulgían con la cruda luz del sol. Pero no era aquello lo que me interesaba.

Tumbados en el suelo, en trágicas y retorcidas posturas, había cuatro o cinco hombres, los destrozos de cuyos trajes eran harto visibles para no adivinar al instante la espantosa suerte que habían corrido. Uno de aquellos cuerpos, sin embargo, se movía aún, aunque débilmente,

Me arrojé sobre él. Era mi cuarto oficial, el Quasimodo.

Abrió los ojos débilmente.

—Los sopletes... —dijo con voz apenas audible— estallaron... matando a todos... Yo... estaba... un poco más alejado... y...

Masterson calló, porque acababa de perder el conocimiento. Y durante unos momentos, yo también callé, abrumado por la nueva catástrofe que acababa de abatirse sobre nosotros.

Sin embargo, era evidente que allí no nos podíamos quedar eternamente. Larsen estaba a mi lado.

—Llévate a Masterson para abajo, y que lo atienda el doctor Sigini. Yo voy a ver qué es lo que se puede hacer por los otros.

Nada; desgraciadamente, no se podía hacer nada por ellos. La repentina explosión de los sopletes los había alcanzado de lleno, destrozándolos instantáneamente, y dentro de lo que cabía, podía decirse que no habían sufrido nada. Probablemente, apenas si tuvieron tiempo de ver otra cosa que un cegador estallido de luz, antes de sumirse en las eternas sombras.

Me incorporé, tambaleándome como un beodo, y empecé a pensar si no estaríamos siendo objeto de un maleficio. Primero, el reventón de los balones de combustible; luego, el encuentro con los cadáveres de

parte de los tripulantes del «Antares», cosa que, de haber sido supersticioso, no habría dejado de infundirme cierto temor, y, para concluir, otro reventón, esta vea con muertos. ¿No sería, mejor echar todo a rodar y, dando media vuelta, regresar a la Tierra?

* * *

No; ¿quién pensaba en tal cosa? ¡Regresar a la Tierra! Si hubiéramos cometido tamaña insensatez, ¿estaríamos ahora, después de ciento treinta y dos días de viaje, ahorrando combustible como unos tacaños, dejándonos llevar por el primitivo impulso después del encuentro con el cohete del «Antares», contemplando, a menos de dos mil kilómetros de distancia, la enorme bola blanca, resplandeciente en el firmamento como una colosal joya, que era Venus?

Si; allí estábamos todos. Excitados, alegres, charloteábamos como micos en su alegre libertad de la selva. Los comentarios y las exclamaciones eran continuos, y todos se hacían cábalas y suposiciones acerca de los misterios que nos iba a revelar el segundo planeta cuando al fin, el ansiado contacto con su superficie fuera una realidad.

Espesos bancos de nubes cubrían la superficie del planeta, cegándonos con sus fulgurantes resplandores. Era evidente que no sabríamos nada hasta que aterrizáramos en él, por lo que, una vez pasados los primeros momentos de euforia, me decidí por adoptar las pertinentes disposiciones que el caso requería.

Lo primero que hice fue fijar el «Amaltea» en una órbita circular alrededor de Venus, convirtiéndolo así de una astronave en una estación espacial. Después hice funcionar los espejos cóncavos que, recogiendo la luz del sol y concentrándola en sus focos, producirían, por medio del mercurio calentado hasta la vaporización, la energía suficiente para las necesidades eléctricas interiores de la nave, una de las cuales, la más perentoria, era la de la refrigeración, pues hay que tener en cuenta que estábamos a poco más de cien millones de kilómetros del Sol, cuya fuerza calórica era allí, lógicamente, mucho más intensa que en la Tierra. El astro rey brillaba con luz insoportable, pareciéndonos un globo de un tamaño mayor en un tercio al que ofrecía visto desde nuestro globo.

Luego —naturalmente, hablo de horas y más horas de trabajo antes de

terminar—, empecé a planear el descenso. Utilizaríamos uno de los cohetes de tamaño mediano, en cuya amplia cabina había lugar para unas seis personas, una de las cuales, sin dudarlo, sería yo, lógicamente. Las otras…

Imógene se metió en mi cámara sin llamar siguiera.

—Por favor, Billy, lléveme con usted —exclamó, terriblemente agitada.

La miré intrigado.

—¿Por qué no me explica de una vez ese interés tan grande que siente por Venus.

Ella desvió la mirada, negándose a contestar. En su lugar, lo hice yo, suspirando melancólicamente.

—Está bien; diré que necesito una psicóloga para estudiar nuestras reacciones en el momento de tomar tierra y en los días sucesivos.

Los ojos de Imógene brillaron como estrellas. Su hermoso rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

Me miró fijamente un segundo, y de pronto, sin darme tiempo a reaccionar, se acercó a mí, y sentí el fresco contacto de sus labios con los míos. Pero aquello, ¡ay!, duró tan poco…

—Es usted maravilloso, Billy —dijo con lágrimas de alegría en sus pupilas—; voy a disponerlo todo y…

Dando media vuelta echó a correr, pero se detuvo al instante cuando la llamé.

—Eh, un momento.

—¿Qué hay, Billy?

—Dígame una cosa. Usted va a estudiar nuestras reacciones. Y de las suyas, ¿quién se encarga?

Imógene vaciló un momento, y luego, sonriendo de nuevo, dijo con dulzura:

—¿Por qué no se lo pregunta al capitán del «Amaltea»?

SEGUNDA PARTE

BAJO LAS NUBES

CAPÍTULO VI

La impenetrable capa de nubes, reflejando en todo su esplendor la potente luz solar, estaba a nuestros pies, a menos de dos mil kilómetros de distancia, en tanto que los componentes de la primera, misión exploradora nos disponíamos a horadarla. Éramos siete, en lugar de seis como había pensado en un principio, y es que a última hora se nos agregó un personaje con el cual no había contado y del que no hubo manera de deshacerse.

Lowell, piloto del avión; García, radiotelegrafista; Mulkeppins, cazador; Imógene, psicóloga; Masterson, accidental segundo para aquel viaje; Sigini, médico; yo, como jefe, y… el inevitable Whipper, al cual, en medio de todo, hay que reconocerle el valor preciso para enfrentarse con lo desconocido siendo, como era, un hombre de leyes que jamás, si no había sido en entrenamientos, se había embutido dentro de una escafandra de vacío. Y nosotros tendríamos que utilizarla constantemente, y con el equipo individual de refrigeración además, ya que en algunos puntos la superficie de Venus alcanzaría temperaturas muy próximas, si no superiores, a la del punto de ebullición del agua.

Contemplados con algo de aprensión, y no poca envidia, por la mayor parte de los tripulantes y pasajeros que se quedaban en el «Amaltea», en tanto nosotros explorábamos hasta poder decidir el momento del definitivo desembarco, pasamos al avión, en el cual, además de los equipos completos, llevábamos un tractor estanco que nos servirla para los largos desplazamientos en el terreno sólido… si es que lo encontrábamos.

De momento sólo llevábamos puesto el traje; el casco nos lo colocaríamos en el momento de salir al exterior, por lo cual estábamos relativamente cómodos, atados en nuestros mullidos sillones en el momento en que el cohete, de alas muy pequeñas, apenas lo suficiente para el apoyo en la atmósfera, se desgajó de la astronave.

El arranque inicial fue lento. Durante los primeros segundos parecíamos continuar inmóviles, pero de pronto, el absoluto silencio en que nos hallábamos, fue roto por un profundo bramido que parecía llegar de muy lejos.

Me sentí aplastado contra el sillón, en el momento en que el cohete comenzó a acelerar, saliéndose hacia abajo de la órbita del «Amaltea». Pero, casi en seguida, la angustiosa sensación de ahogo se pasó y recobramos nuestra normalidad.

El piloto invirtió la dirección de los chorros con objeto dé virar en sentido opuesto; más tarde, la pérdida de elevación, en el momento que girábamos velocísimamente en torno al planeta, se hizo patente. Venus fue agrandándose más y más hasta que, de pronto, llenó todo nuestro horizonte visible,

De pronto, alguien lanzó una exclamación.

—¿Qué es aquello? —gritó Masterson, y todos miramos instintivamente en la dirección que señalaba su índice. Vimos un punto de luz durante unos segundos, arrojando duros destellos, y luego se escondió tras la curva nubosa.

—Quizá algún satélite de Venus —dijo Mulkeppins.

—No puede ser —objetó Lowell—. Venus no tiene ningún satélite; está comprobado.

—Está comprobado que no tiene ninguno del tamaño de nuestra Luna —dije yo, terciando—; pero no hay nada en contra acerca de un satélite de uno o varios kilómetros de diámetro, el cual, naturalmente, resultaría invisible desde la Tierra.

—Eso quiere decir —apuntó García— que somos nosotros los primeros en descubrirlo.

—Sí —afirmé—, suponiendo que, en realidad, Venus tenga una diminuta luna, cosa que hasta el momento no podemos asegurar.

Discutiendo sobre las posibilidades de la existencia de tal satélite se nos pasó el tiempo, sin que durante nuestra conversación dejáramos de mirar, fascinados, el atrayente panorama que teníamos a nuestros pies.

Las nubes, blanquísimas, rutilantes, cambiaban continuamente de forma, como si colosales tempestades las agitaran en un movimiento

sin fin. En una ocasión, una gigantesca mancha amarillenta, proviniente sin duda de alguna fenomenal tormenta de polvo, surgió borboteando desde las profundidades del suelo, pero la mancha desapareció muy pronto a nuestras espaldas. En otra ocasión, el manto de nubes sufrió un repentino y colosal desgarrón que nos permitió ver un suelo de color pardo claro, junto con el brillo azulado de algún océano venusino, pero tales oportunidades eran escasísimas.

—Atención —dijo de pronto Lowell, tras haber consultado el altímetro —; voy a decelerar.

Por pura fórmula nos agarramos fuertemente a los brazos de las butacas. Inmediatamente nos sentimos proyectados hacia adelante, en la natural maniobra del piloto, pues tenía que reducir velocidad con objeto de no entrar demasiado aprisa en la superficie del planeta, cosa que habría producido, a los pocos momentos, la combustión por incandescencia del cohete al penetrar en la atmósfera de Venus. Gradualmente fuimos perdiendo marcha, cosa que veíamos a simple vista, y de súbito, un fuerte siseo pareció brotar de todas las partes exteriores del avión.

Miré hacia las alas. Éstas se habían puesto ya al rojo cereza, y durante unos momentos temí que la temperatura aumentase hasta el punto de fundirlas, cosa que no habría dejado de provocar la catástrofe. Al cabo de unos momentos, aquel siniestro color desapareció.

El bramido de los gases atmosféricos venusinos fue en aumento. A veces nos topábamos con una corriente de aire, digámoslo así, encontrada con nuestra trayectoria, y nos hacía dar bruscos saltos que nos adoloraban todos los miembros. Pero, lenta y seguramente, continuábamos descendiendo, ahora ya en el mayor de los silencios.

Las nubes se nos acercaron con rapidez vertiginosa. Todos las miramos, fascinados, y de pronto, el avión quedó envuelto en una espesa y opaca capa algodonosa que nos cortaba la visión en absoluto. Ya estábamos volando a ciegas.

—¿Qué altura tenemos, Lowell? —pregunté.

—Veinticinco mil metros, capitán —contestó el piloto, sin quitar sus ojos de los instrumentos, especialmente del radar y el altímetro.

Yo también miré; la aguja continuaba descendiendo, aunque todavía en la verdosa pantalla del radar no se divisaran manchas que pudieran ofrecer un inmediato peligro.

De pronto, la cáscara de nubes se abrió en un colosal desgarrón de varios centenares de kilómetros de diámetro. Siete gritos de admiración resonaron unánimemente.

A pesar de la altura, pudimos admirar una elevadísima cadena de montañas, de agudos e hirientes picachos, de una longitud aparentemente sin fin. Casi al pie de dicha cordillera, las aguas, de un océano cuyo término no podía así mismo divisarse, lamían una extensa playa de dorada arena, frente a la cual había un archipiélago compuesto por casi una docena de islas de todos los tamaños, cubiertas de una vegetación exuberante, cuyas características eran imposibles de averiguar por el momento. Sin necesidad de indicación alguna, Lowell picó decidido en dirección hacia la playa, reduciendo constantemente la velocidad de caída.

El suelo se nos fue acercando cada vez más rápidamente. Ya no hablábamos; el haber atravesado, con menos dificultades de las que habíamos esperado, la capa de nubes era algo que, llenándonos de satisfacción, nos cortaba la facultad de hablar. Solamente el ruido del lejano rugir de los chorros se percibía como un zumbido dentro de la cabina.

Ejecutando un viraje impecable, Lowell se dispuso para el aterrizaje en la playa. La dorada arena, lamida por las suaves olas verdosas de aquel mar desconocido, se nos acercó más y más.

El piloto niveló el avión. Vi en el tablero de instrumentos la lucecita que indicaba que el tren de aterrizaje había salido de sus guardacámaras. El silbido del viento se hizo más profundo.

Un bote repentino que hizo crujir todas las estructuras del avión; gritos unánimes de «¡Cuidado, Lowell!»; chirridos de ruedas, siseo de la arena al ser hollada por los neumáticos, saltos y botes de nuevo, y al fin el gañido de los frenos, cortando la velocidad del aterrizaje, indicaron que nuestro viaje tocaba a su fin.

Éste llegó, de un modo total, cuando el cohete se detuvo, balanceándose unos momentos sobre los muelles del tren, antes de quedarse definitivamente inmóvil. Luego, un estallido de gritos, risas y, ¿por qué no decirlo también?, sollozos de alegría que no eran solamente de Imógene, llenó el reducido espacio de la cabina.

Dejé que los espíritus se expansionaran unos momentos. Luego, más calmados, llamé a todos al orden.

—Debemos —dije—, empezar por colocarnos las escafandras. Los

instrumentos indican que, por ahora, la atmósfera de Venus no es respirable para el ser humano. Puede que haya un sitio con condiciones normales de habitabilidad, y puede que también no lo haya. En ningún caso —concluí— hemos de permitirnos la más leve imprevisión que podría resultarnos de consecuencias fatales.

Así lo hicimos todos, y un cuarto de hora más tarde, por la esclusa que a tal efecto llevaba el aparato, saltamos al suelo, descendiendo por la escalerilla que Lowell habla desplegado. De nuevo se repitieron los gritos y las exclamaciones de alegría, ahora transmitidos por las radios individuales, y mientras tanto, yo examiné con la vista el lugar en que habíamos tomado contacto con la superficie de Venus.

El cielo era de un verde pálido, aunque, después de tanto tiempo acostumbrados al negro del espacio, nos resultaba deslumbrante. Manadas de cirrosas nubes amarillas flotaban, vagando por encima de nuestras cabezas, a más de veinte kilómetros de altura, todo lo cual contrastaba con el rojo casi escarlata de las altísimas montañas, cuya base estaba unos dos o tres mil metros de distancia de la playa.

Aquella base montañosa, al igual que las islas que se veían en el horizonte, estaba cubierta de una espesísima vegetación que, en algunos casos, llegaba a cortísima distancia de nosotros. Enormes árboles, de desconocida especie para nosotros, elevaban sus copas hasta cien y más metros, por el doble de anchura, moviéndose suavemente a impulsos de la ligera brisa que soplaba. El conjunto, en total, no se diferenciaba mucho de lo que veíamos en la Tierra, a no ser, naturalmente, porque en aquellos picos montañosos faltaba la nieve, y porque los colores eran mucho más brillantes y llenos de esplendor. Sobre todo, el mar parecía literalmente una esmeralda líquida.

Durante unos momentos permanecí absorto en la misma posición, llenándome los ojos con la incomparable luminosidad de aquel paraje, pero súbitamente, una voz airada, iracunda, estalló a mis espaldas.

—¡Eso sí que no estoy dispuesto a permitírselo, cochino picapleitos!

Giré en redondo sobre mis talones. García y Whipper, rodeados por los demás, se miraban fieramente, gruñéndose como dos perros de presa, Pero no fue esto lo que me hizo abrir los ojos, sino el increíble hecho de que el fiscal sostuviera en las manos una bandera con barras y estrellas, sujeta por el asta. El aire hacía moverse blandamente la seda, y me dije que Whipper era el mismo demonio para haber traído aquello oculto sin que nadie se hubiera dado cuenta del detalle.

—Usted no es nadie para impedírmelo —chillaba el abogado, intentando clavar el palo en la arena.

Me acerqué allí, con la intención de resolver la disputa. ¡Hombres! Acabábamos de conquistar un nuevo mundo y ya nos peleábamos por él, apenas a diez minutos de nuestra llegada.

—Con el mismo derecho que usted, podemos hacerlo los demás. Venus no es ni será de una sola nación, sino de todas las que componen la Tierra, Whipper, entiéndalo bien —protestaba airadamente el español.

—¿Qué ocurre? —pregunté, colocándome prudentemente entre ambos.

Whipper infló su pecho.

—Quiero tomar posesión de este planeta en nombre de los Estados Unidos —afirmó campanudamente.

—Si hace cualquier cosa en tal sentido, le haré tragarse el palo de la bandera, comecódigos —gritó García—. Lo mismo podía hacer yo para España, el doctor Sigini para Italia, Durac para Francia, y así todos los demás miembros de la expedición. No, no y no, señor Whipper.

—García, tiene razón —dije—. No es cuestión nuestra tomar posesión de Venus en nombre de una determinada potencia; ello no es asunto que nos incumba, señor Whipper. Si usted hiciera tal cosa, aunque los ciudadanos de los Estados Unidos estamos en mayoría, no tardaríamos en tener, no solamente discusiones, sino tal vez motines sangrientos, y esto es una cosa que estoy firmemente dispuesto a evitar. Nuestro deber es tratar de explorar el planeta para toda la raza humana, sin discriminación alguna, y averiguar las condiciones mejores o peores de habitabilidad que para los terrestres pueda tener. Eso es lo que hemos de hacer, y no otra cosa. Por lo tanto, pues, le ruego que guarde la bandera para mejor ocasión y se olvide de sus propósitos.

Whipper me miró con ojos cargados de odio.

—Está bien, capitán, está bien —sibiló—. Pero no podrá usted impedirme que en mi informe cite todos los accidentes acaecidos durante el viaje, incluido el retraso de setenta y cinco días que hemos sufrido. En cuanto regresemos a la Tierra…

García le interrumpió:

—Habla usted igual que si hubiéramos salido un grupo de alegres

chiquillos a merendar en el monte cercano al colegio y que sólo aguardara el regreso, a las seis de la tarde, para ir a «chivarse» ante los profesores.

El doctor Sigini trató de contener una sonrisa al argüir:

—Creo que, por desgracia, nuestro joven radiotelegrafista tiene toda la razón. Es inútil que piense usted en tomar resoluciones más o menos acertadas para cuando regresemos a la Tierra, señor Whipper, porque solamente acabamos de empezar nuestra misión y nadie puede predecir qué ocurrirá antes de que podamos darla por terminada.

—¡No me importan nada sus intenciones para disuadirme! —alborotó el abogado—. ¡Han de escucharme, mal que les pese, porque mis palabras se basan en las leyes establecidas en la Tierra, con las cuales debemos regirnos aquí igualmente, y yo, como representante jurídico, les conmino a obedecerlas si no quieren sufrir las consecuencias de la ley cuando regresemos a…

Me harté ya de tanta insufrible palabrería.

—Whipper —grité—; ya le até en una ocasión, y no me importaría repetir la faena, de modo que…

En aquel momento, Imógene chilló:

—¡Miren ustedes lo que se nos viene encima!

La discusión quedó cortada en un segundo. Volviendo al momento todos la cabeza, pudimos darnos cuenta de la causa del miedo de la muchacha.

Cualquiera lo hubiera sentido en aquellos instantes. Una bestia prehistórica no se ve a diario, galopando con la velocidad de una locomotora, haciendo retemblar el suelo bajo sus pisadas, dirigiéndose en línea recta hacia nosotros, con la cabeza inclinada, dispuesta a un feroz y sanguinario ataque.

CAPÍTULO VII

El animal era de pesadilla, y cualquiera habría dicho que estaba

construido con trozos de diferentes animales de la Era Secundarla terrestre. Su cabeza parecía la de un ictiosaurio o cocodrilo gigante, con unas mandíbulas armadas de feroces dientes, que podían muy bien sepultar a un hombre entre ellas. Los ojos, por el contrario, eran pequeños y esféricos, situados a ambos lados del cráneo, el cual se balanceaba al extremo del largo cuello de media docena de metros, que oscilaba como el cuerpo de una colosal pitón.

El tronco, de ocho metros al menos de altura, sostenido por seis enormes patas terminadas en agudísimas uñas, era casi esférico, con unas placas óseas en la parte superior, de forma triangular, y la cola también larguísima, parecía el resto de la serpiente, moviéndose amenazadoramente. En conjunto parecía la fusión de un ictiosaurio, un estegosaurio y un plesiosaurio en sus características principales y, como he dicho, parecía un mal sueño después de una abundante comida.

Pero no era ningún sueño; el suelo temblaba bajo su galope, y sus zarpas levantaban nubes de arena al pisarla, despidiéndolas a ambos lados, en tanto que de su colosal garganta salían unos ronquidos atroces que nos herían los tímpanos a pesar de contar con la protección del casco. Y se encaminaba en línea recta hacía el cohete.

Lowell, que entretanto discutíamos había hecho descender el tractor, montó en éste y salió a toda marcha, colocándose fuera de la trayectoria del monstruo. Los demás nos dispersamos, en el momento en que la fiera caía sobre el avión, volcándolo a pesar de su masa.

Durante unos minutos se ensañó con el cohete. Era fuerte y resistente, pero no estaba calculado para resistir golpes de cuarenta o más toneladas, que sería lo que pesaba la fiera, pero que era duplicado por el empeño que ponía en deshacerse de lo que ella suponía un enemigo. Y como éste no se defendía, el resultado no podía ser más que uno: el cohete quedó inservible en pocos momentos.

Entonces no me preocupó el hecho de que nos quedásemos aislados del «Amaltea»; nuestro pellejo era entonces lo más importante, y cogiendo por puro instinto la mano de Imógene, echamos a correr.

Esto de correr es un eufemismo con el cual quiero indicar el lento paso gimnástico a que nos obligaban, tanto nuestras pesadas escafandras como el hecho de que, acostumbrados durante cinco meses a vivir sin gravedad alguna, nos hubiéramos hallado de pronto con un peso casi igual al normal, puesto que la acción de la gravedad en Venus es, aproximadamente, casi nueve décimas de la de la Tierra. Por lo tanto,

si en nuestro globo yo pesaba unos noventa kilos, éstos se me quedaban reducidos a unos ochenta y uno en Venus; casi lo mismo, en la práctica.

Repentinamente, la atmósfera vibró con un sonoro estallido. Volvíme, deteniéndome, e Imógene me imitó.

Mulkeppins no había olvidado en ningún momento su profesión. Había plantado caía a la fiera y acababa de disparar su fusil.

La bala debía tener una potencia enorme por cuanto, disparada con certera puntería, había dado en la boca de la fiera, llevándose literalmente toda la mandíbula inferior, pues era explosiva. El animal rugió espantosamente, agitando en todas direcciones su largo cuello, y de la enorme herida brotaron unos chorros .de un líquido de repelente color marrón que me hicieron sentir verdaderas náuseas.

El bicho se volvió en el momento en que Mulkeppins disparaba el rifle por segunda vez. La bala reventó ahora contra una de sus placas óseas, pulverizándola, pero sin causarle mayores daños. A través del transmisor percibí las palabrotas que soltaba el cazador. Muy cerca de mí, imperturbable, Sigini tomaba vistas de la escena, arrodillado, con una cámara cinematográfica.

Sonó el tercer estallido, y entonces el animal soltó el colosal látigo de su cola. Mulkeppins había sido un tanto imprudente y estaba muy cerca del monstruo. Alcanzado en mitad del pecho, voló por los aires, arrojando el rifle.

Antes de que yo pudiera hacer nada, Masterson, lanzando un rugido de potencia casi igual a los de la fiera, se arrojó sobre el arma. Sin moverse del sitio, se plantó frente a la fiera en el momento en que ésta se le echaba encima.

La bala le entró al animal directamente por la garganta estallándole en su interior, lo cual le detuvo unos cortos segundos. Fue lo suficiente para que Masterson, aprovechándose del automatismo del rifle, continuara apretando el gatillo hasta agotar el cargador.

A medida que las balas iban estallando en el interior de la bocaza de la fiera, trozos de su cabeza iban siendo despedidos por los aires hasta que, de pronto, convertido el cuello en un, valga la expresión, sanguinolento muñón, las patas delanteras le fallaron.

Durante unos horribles minutos, aún movió el cuello en todos los sentidos, como si fuera una boa decapitada, como en realidad lo

estaba, arrojando torrentes de su viscosa sangre por las horribles heridas hasta, que, interrumpiéndose bruscamente sus movimientos, se acostó de lado quedándose inmóvil, en tanto que la arena se teñía de aquel horrible líquido marrón que tan gran repugnancia nos causaba.

Habíamos caído en un macabro éxtasis, del que muy pronto nos sacó la realidad. El doctor se puso en pie y corrió hacia el cazador, tumbado a más de veinte metros de distancia, sin dar señales de vida Todos los demás le imitamos, incluyendo a Lowell, que volvía con el tractor estanco.

Sigini dejó a un lado la cámara y se arrodilló junto a Mulkeppins. Le imitó y lo que vi me hizo desechar toda esperanza.

El cazador tenía los ojos cerrados y su rostro estaba palidísimo. Los fatigosos estertores de su respiración eran perceptibles a través de las ondas de la radio.

Sigini me miró, consternado.

—No podremos hacer nada por él. Estando el avión destrozado, no hay posibilidades de quitarle la escafandra para examinar sus daños. Moriría por asfixia con toda seguridad.

—Y si no le reconoce… —murmuré, sin acabar la frase.

El médico inclinó la cabeza: no quise añadir una palabra.

Permanecimos unos minutos así, en silencio, totalmente anonadados. No nos importaba el hecho de que estuviéramos aislados de nuestra base; ello era lo de menos, puesto que no sería difícil ponemos en comunicación con ellos y hacer que enviasen otro cohete a recogernos. Mulkeppins era el que nos preocupaba.

Para mi entender, como luego supimos, el formidable coletazo del monstruo le había causado grandes destrozos internos; los hilillos de sangre que le manaban de boca y narices así lo demostraban. Era evidente, pues, que no teníamos forma de curarlo allí y, aun teniendo todos los medios, yo pensé que tampoco podría salvarse; sus lesiones eran harto graves para soñar siquiera con una remota posibilidad de curación. Pero de pronto el médico levantó la cabeza y me miró.

—Capitán, podemos hacer una cosa. Es desesperada, pero la única que cabe en estos momentos.

—Expóngala, doctor —dije, en medio de la atención general.

—Le aplicaremos directamente a la boca y a las narices los conductos del oxigeno; así podré explorar sus lesiones y...

En tanto que el médico hablaba, mis ojos estaban fijos en un detalle, casi fuera de sus órbitas. Me maldije por no haberme dado cuenta antes de lo que había pasado.

Al caer, Mulkeppins se había golpeado contra unas piedras que había allí, y su casco se había destrozado por la parte posterior. Por lo tanto, era evidente que estaba respirando la atmósfera de Venus.

Luego, entonces...

—Pero si los instrumentos indicaban que la atmósfera de este planeta era irrespirable... —dije, en el colmo de mi asombro, monologando.

Sigini me miró como si me hubiera vuelto loco de repente.

Poniéndome en pie, hice una cosa extraña, que alarmó al pronto a mis compañeros. Desatornillé los pernos de sujeción del casco y con dos movimientos hábiles, me lo quité, al mismo tiempo que contenía la respiración.

Una bocanada de aire muy caliente me golpeó el rostro. Por un momento me pareció hallarme en alguna húmeda selva tropical amazónica y luego, entre las miradas de terror de los demás expedicionarios, Imógene incluida, me arriesgué a respirar.

Lo hice muy despacio al principio, luego más acelerado, y al fin, pude darme cuenta de que, salvo un pequeño olor picante, no del todo desagradable, la atmósfera de aquel lugar, cuando menos, no tenía nada de nocivo.

—¡Es respirable! ¡Es respirable! —grité a pleno pulmón, y luego, dándome cuenta de que mis compañeros no me oían a través de los cascos, empecé a decirlo por señas.

Permanecieron irresolutos unos momentos; luego, Imógene y García fueron los primeros en imitarme, despojándose de sus respectivos cascos, no así el médico, que se afanó, ayudado por mí, en quitarle el suyo al herido.

Desgraciadamente, mis presentimientos se iban a cumplir. El golpe de la cola del monstruo había sido de desastrosos efectos, y la muerte de

Mulkeppins, cuya respiración era cada vez más agónica, no podía hacerse esperar mucho rato. Las lesiones no eran externas, pero en cambio…

—Tiene todas las costillas hundidas y los pulmones perforados —dictaminó Sigini—; además, creo que también hay fractura de columna vertebral, y luego los intestinos…

—No siga, Erno, por favor —dije, y me alejé de aquel lugar, ordenando a Masterson, García, Lowell, que vinieran conmigo.

Imógene y el abogado se quedaron allí. Nosotros cuatro nos acercamos despacio, con el ánimo harto conturbado, al avión, que aparecía volcado de costado, con numerosas abolladuras.

También el piloto hizo su diagnóstico.

—Eso no sirve ya ni para chatarra, capitán —dijo con rabia.

—Pero, en cambio, no dejará de haber los materiales suficientes para montar una emisora de radio con la cual poder comunicar con el «Amaltea», ¿verdad?

—Así es, señor —dijo García—, y pondremos mano a la obra inmediatamente.

—Masterson, usted se ocupará de buscar todas las latas de conservas que hayan podido salvarse de la catástrofe. Debemos pensar en nosotros mismos.

—Sí, señor.

—Además, queda un detalle muy importante —dije, y tras una breve pausa, continué—: Al aterrizar pudimos comprobar por medio de los instrumentos que la atmósfera era irrespirable. Ahora, en cambio, y salvo este olor, al cual no tardaremos en acostumbrarnos, tiene las mismas características que en la Tierra. Creo que aquí deben ocurrir cosas muy singulares, por ejemplo, el que de vez en cuando los gases de esta atmósfera, por si mismos, agitados por las naturales corrientes, se convierten en aptos para la vida o dañinos para la misma. En un cuarto de hora, a contar desde nuestro aterrizaje, el aire perdió sus gases nocivos; no es de extrañar, pues, que de un modo imprevisto, ocurra todo lo contrario. Por lo tanto, deben tener los cascos siempre a mano, para evitar alguna desgracia, ¿me han entendido?

Los tres hombres asintieron, y dejándoles entregados a su tarea, yo me

volví a donde estaba el resto de los expedicionarios, sin olvidar el rifle de Mulkeppins, que recargué de nuevo, en evitación de un nuevo ataque por parte de otra u otras fieras como la que yacía allí muy cerca de nosotros.

Sigini meneó la cabeza al acercarme.

—No hay esperanzas, capitán —dijo sombríamente—. Todo depende de su capacidad de resistencia; era un hombre de tina naturaleza de hierro, pero la cola del monstruo le venció.

Incliné la frente. Apenas llegados a Venus y ya teníamos uña baja que podía considerar a partir de entonces corno definitiva, ¿Quién había proyectado una sombra maléfica sobre la expedición? ¿Acaso pesaba sobre nosotros una especie de sortilegio misterioso del que no éramos capaces de desprendemos?

La «noche» transcurrió lentamente, en medio de la angustia de todos, puesto que veíamos cómo se agotaba Mulkeppins, sin que hubiera medio alguno para devolverle una vida que se le escapaba a chorros. Al «amanecer», si el día de Venus hubiera tenido la misma duración que el terrestre, el cansado corazón del cazador se detuvo definitivamente.

Imógene, arrodillada a su lado, no se pudo contener y, mujer al fin y al cabo, estalló en sollozos. Sigini, con los ojos inyectados en sangre, se levantó, y empezó a pasearse de un lado para otro, apretando los dientes al mismo tiempo que crispaba sus puños.

Sin embargo, aquello no eran actitudes prácticas y las que había que tomar me correspondían a mi. Miré a mi alrededor y vi la bandera que había traído el abogado tirada aún en el suelo, en el mismo lugar en que la soltara al huir de la bestia prediluviana.

Despojándola de su asta, cubrí el cuerpo de Mulkeppins con la seda rayada y estrellada. Naturalmente, no tardó Whipper en protestar.

—¿Qué hace usted, capitán?

—¿No lo ve usted, señor Whipper? Le estoy cubriendo…

—Mulkeppins no era norteamericano, sino inglés. Esa bandera no puede…

Me cansé ya y me fui para el, cogiéndole por el cuello de la escafandra con una sola mano. El rostro del abogado se volvió en un segundo tan

verdoso como el mar que teñíamos a corta distancia.

—Escuche de una vez, maldito leguleyo; será cierto que Mulkeppins no nació en los Estados Unidos, pero por el momento, esa bandera es la única que representa al planeta de donde hemos venido, y le guste o no, el cazador se irá a la tumba con ella como sudario, ¿me ha comprendido?

—Opino lo mismo —dijo reposadamente el médico, acercándose también muy enojado—; aquí no hay nacionalidades, sino hombres de un mismo globo, unidos por un afán común. Todas sus pretensiones, señor Whipper, desde que salimos de la Tierra, se han dirigido a una meta, para la cual no ha perdonado usted medio alguno: la de hacerse con el mando de la expedición. Pero aquí no hay políticos, sino hombres de ciencia, y de todos nosotros, es usted el único del que podemos prescindir sin el menor remordimiento.

—¿Qué… quiere… usted… decir…? —tartamudeó, lívido, el aludido, procurando recobrar el equilibrio, pues yo le había arrojado lejos de mí con un fuerte empujón.

—Que ruegue usted a Dios por que vengan pronto a socorrernos, porque de lo contrario, una vez se nos acaben las latas de conservas, la emprenderemos con usted. Y a unos náufragos hambrientos, les importa muy poco que la carne sepa a pergaminos y códigos, ¿me entiende? —concluyó con siniestros acentos el médico.

Contuve las ganas de soltar una carcajada, pero Whipper se lo tomó muy en serio, porque le vi las piernas convertidas repentinamente en gelatina.

En aquel momento se oyó un grito.

—¡Capitán, pronto, por favor!

Masterson y Lowell rodeaban interesadamente a García, el cual, con unos auriculares en torno a la cabeza, estaba sentado en el suelo junto al rudimentario aparato de radio que había construido con los restos del que había habido en el avión. Corrí hacia allí.

—Acabo de establecer contacto, con el «Amaltea» —dijo de una forma harto esperanzadora.

—Déme el micrófono —pedí, y cuando lo tuve, comencé a llamar a Larsen.

La transmisión era difícil. La proximidad al sol, y el fuerte campo magnético de éste, hacían que los estáticos impidieran a veces la audición de cuanto hablábamos, pero a fuerza de paciencia, logré explicar la situación en que nos hallábamos.

—Envía inmediatamente otro avión, con gente, para establecer una base avanzada, De todas formas, que no sean muchos, ¿comprendes? En el diario de a bordo tendrás anotada la posición exacta del «Amaltea» en el momento de nuestra partida. Por lo tanto, el segundo cohete, en el cual harás embarcar armas, deberá salir de ahí en un momento idéntico al nuestro. En el momento en que se zambulla en las nubes, que procure ponerse en contacto con nosotros; le guiaremos por radio, ¿entendido?

—Sí, Billy, pero repítemelo dos o tres veces más. Los malditos estáticos, ¿comprendes?

Diez minutos más tarde, sólo el recuerdo de la muerte del infortunado Mulkeppins, el cual había muerto sin poder organizar el primer safari interplanetario, como habían sido sus pintorescas intenciones, empañaba la lógica alegría que sentíamos. El hombre es un animal egoísta, que solo piensa en su propia supervivencia, y el hecho de considerarnos salvados nos había reforzado notablemente los decaídos ánimos.

—García —dije de pronto—, usted se quedará aquí a la escucha; ustedes, Lowell y Masterson, vendrán conmigo. Pero antes tendremos que buscar algún trozo de metal que nos sirva para...

Masterson comprendió sin necesidad de más indicaciones, y tiró de una gran plancha de acero hasta que consiguió, por medio de sus hercúleas fuerzas, hacerse con ella. Lowell y yo buscamos algo parecido y luego los tres nos acercamos a donde estaban los demás.

—Creo que el mejor sitio para darle sepultura será al borde de la selva —observé, sin que nadie me contradijera.

Alargándome su pedazo de metal, Masterson se inclinó y tomó el yerto cuerpo de Mulkeppins entre sus brazos, con infinito cuidado, como si en lugar de un cadáver, se tratara del de un niño dormido.

Dos horas más tarde, un montón de tierra removida y una cruz hecha con ramas de árboles, señalaban el lugar en que yacía el primer hombre que había dejado su vida en el segundo planeta del sistema. Durante unos momentos permanecimos allí, en torno a su tumba, con los rostros vueltos hacia ella, en completo silencio, y luego creí

llegado el momento oportuno de alejarnos de allí.

Tomé de la mano a Imógene, diciendo:

—Desgraciadamente, no podemos hacer otra cosa que rezar por Mulkeppins. Pero nuestro deber es sobrevivir y aunque de momento nos repugne, hemos de comer. Masterson, usted tiene las llaves de la despensa —dije un tanto afectadamente

—Sí, capitán.

El más completo silencio reinó en la somera comida que hicimos. Me vi obligado a hacer comer a Imógene, y al terminar, permanecimos allí sentados unos momentos, sin cruzar más que algunos monosílabos entre nosotros.

EI silencio fue roto por la voz de García, quien dijo repentinamente:

—Capitán, anuncian del «Amaltea» que acaba de despegar el segundo cohete.

—Bien —me puse en pie—, le guiaremos por radio hasta aquí. Tome contacto con él y téngame al corriente.

García lo cumplió y fue dando indicaciones al avión, que tardó más de lo que a nuestros destrozados nervios convenía en hacerse visible. Antes casi oímos el profundo bramido de sus chorros, y de pronto, el aparato surgió de la amarillenta capa de nubes.

Debían estar observándonos por medios ópticos, puesto que le vimos variar súbitamente de rumbo. Su piloto nos sobrevoló un par de veces, en tanto que García no dejaba de hacerle indicaciones, y cuando estuvo seguro de sí mismo, empezó la maniobra de aterrizaje.

Se adentró en el mar, virando luego para enfilar la playa. Pero mis ojos dejaron de seguir los movimientos del cohete. Estaban fijos en algo que me llenó el alma de horror. Y a todos los demás también, porque todos se estaban dando cuenta simultáneamente conmigo de la tragedia que se estaba desarrollando ante nuestras espantadas pupilas.

Allá en el horizonte, en el punto donde se unían el color verde del mar con la ocre capa de vapores, una bola roja, de un intenso fulgor, acababa de hacerse visible. Estaría a una distancia de unos veinticinco kilómetros de nosotros, quizá algo menos.

¡Y la bola roja, que semejaba con sus resplandores un sol en miniatura

caía hacia las aguas!

Da pronto, aquel meteoro entró en contacto con el océano, y en el mismo momento, una llamarada deslumbradora, apocalíptica, nos cegó a todos.

CAPÍTULO VIII

El fogonazo fue colosal, y en cuestión de segundos llenó, con su mortífera luminosidad, todo el horizonte visible. Que era una explosión nuclear no cabía duda alguna; el saber quién y cómo la habían provocado era cosa muy secundaria en aquellos momentos.

Olas de fuego subieron a lo alto, con vertiginosa rapidez, para bajar en continuas y velocísimas volutas de gases en estado de incandescencia. El color blanco, cegador, se degradó hacia un azul violeta que muy pronto tomó un color escarlata vivísimo, de una tonalidad maravillosa, jamás lograda por los pinceles de pintor alguno. La masa gaseosa continuó subiendo, subiendo sin cesar, llevando en sus entrañas un rugiente infierno de fuego, del que constantemente brotaban rayos deslumbrantes de todos los tonos del espectro. Los gases hervían a medida que ascendían y se iban expansionando en el clásico hongo de todo estallido atómico, y hasta el color amarillo de las nubes tomó el sanguíneo de la explosión aunque sólo duró en realidad breves segundos.

Pero de la fatal atracción que sobre nosotros ejercía el inesperado espectáculo hubimos de salir muy pronto. Corrí hacia García.

—Dígale a los del avión que se eleven y se alejen todo cuanto sea posible —grité con un rugido.

—Sí, capitán —asintió el español, muy pálido, pero sin dar señales de abandonar su puesto. La nube radiactiva continuaba ganando altura y expandiéndose en diferentes capas horizontales, como gigantescos buñuelos de viento, de un color y formas imposibles.

—Ya está, capitán —dijo de pronto García, y mirando a lo alto, vi que el mensaje había sido recibido por los del cohete, cuyos chorros lanzaron una serie de profundos bramidos en tanto que, dando la

espalda al hongo, se alejaba con toda la velocidad que le podían infundir sus motores.

Ya no dije nada; no era necesario. Sólo precisábamos una cosa: huir, huir cuanto antes de la playa. A partir del momento de la explosión, y contando con la distancia, el sonido de la misma tardaría todavía unos noventa segundos en llegar hasta nosotros, de los cuales habían transcurrido ya unos cincuenta; es decir, nos quedaba poco más de medio minuto para escuchar el reventón. Luego vendría la onda de choque del aire y quizá un poco más tarde la del agua, en la cual el estallido había debido provocar un maremoto. Nos interesaba, pues, ganar toda la altura que fuera posible.

Corrimos como locos, buscando el abrigo de la selva. No nos fijamos en la extraña morfología de los árboles; ¿quién se preocupaba de tal cosa en aquellos momentos?

Apenas habíamos pisado la capa verde, el fragor de un lejano trueno nos hirió los tímpanos. Una colosal bofetada de aíre cálido, insoportable, nos cogió entre sus dedos impalpables, arrastrándonos, zarandeándonos, golpeando nuestros cuerpos contra los troncos y las ramas de la vegetación selvática, adolorándonos todos los miembros, sin poder hacer otra cosa que emitir aullidos y gritos de dolor, que no eran escuchados ni siquiera por quien los profería, puesto que el bramido del viento lo llenaba todo. Un espeso velo de amarillenta arena se elevó en cientos y cientos de remolinos, penetrando por entre los intersticios de la jungla, y haciéndonos cerrar los ojos.

El soplo del aire pasó pronto, afortunadamente.

Y tal como yo había calculado, los últimos estertores de la onda de choque en el mar venusiano llegaron a la playa, en forma de una ola de ocho o diez metros de altura, que se adentró dos o trescientos metros sobre la playa, salpicándonos con sus verdes espumas al morir en el limite justo de la selva, pero sin causarnos mayor daño. Luego, las aguas se retiraron, y aunque tornaron media docena de veces más a la carga, con estrepitoso bramar de oleaje, lentamente quedó éste reducido a lo normal en un día de viento fresco, sin más consecuencias.

Durante unos minutos permanecimos los seis como atontados, con el oído lleno de mil sonidos confuso. Poco a poco, nuestras sensaciones se fueron haciendo más normales, y entonces el médico se puso en su sitio: empezó a reconocemos uno a uno.

Yo fui el primero después de Imógene y justo es confesar que, salvo algunos hematomas de diversos tamaños, no habíamos sufrido daño alguno. García tenía un ojo negro y un pie bastante fastidiado; el abogado se quejaba de los riñones y, en cuanto al piloto, tenía en su frente un chichón del tamaño de un huevo. Masterson ni se quejó siquiera.

Cuando me hube recuperado un tanto, miré hacia la playa. No pude por menos de hacer un gesto de desaliento. Y no era para menos que sentirse aplastado, anonadado moralmente.

Todo cuanto habíamos dejado allí había desaparecido, arrastrado por la furia devoradora de las aguas. Incluso el pesadísimo cuerpo de la fiera había sido desalojado de su sitio, y ahora estaba semisepultado en la arena, al borde del mar. Las olas le golpeaban ahora mansamente; pero del cohete, la radio, las conservas y demás instrumentos que habíamos podido salvar de la catástrofe del día anterior no había el menor rastro.

Sentí unos ahogados sollozos a mi lado. Imógene lloraba desconsoladamente, y la comprendí por entero.

—Pobres… pobres… —repetía entre hipido e hipido.

—Fueron ellos, ¿verdad, capitán? —dijo consternado el radio.

—Sí —murmuré, ceñudo. Habíamos llegado, pero ya no saldríamos jamás de aquel lugar—. Por una razón u otra, el «Amaltea» cayó hacia Venus. Al rozar a gran velocidad con la atmósfera, se puso incandescente, y el choque con el agua determinó la explosión de sus motores nucleares. Eso es todo…

—Que ya es bastante, capitán —dijo sombríamente Lowell.

Whipper había perdido incluso el habla. Por su parte, Sigini mordía nervioso un tallo de hierba que había arrancado.

—La situación es grave —dijo el médico—. Ahora aterrizarán los otros y, como es lógico, igual que en el nuestro, traerán conservas, Pero, ¿y cuando se acaben éstas?

—Supongo que, a juzgar por lo que hemos visto, en Venus debe haber alguna clase de vida animal, sea de la clase que sea. El que se pueda comer o no es cosa que habremos de determinar más adelante. Por otra parte, también tenemos un mar, en el cual no dejará de haber peces, y estamos en una selva que algún alimento vegetal nos

proporcionará. El problema, pues, no es el de la supervivencia, sino el del regreso.

—No hay problema, señor —dijo García—. Si no tenemos ya astronave, ¿para qué preocuparnos por ello? Nos convertiremos en robinsones y esperaremos pacientemente a que se vuelva a organizar otra expedición para rescatarnos. Lo mismo que se ha hecho ahora, se hará dentro de cinco, siete o diez años.

—Pero Venus es tan grande casi como la Tierra; prácticamente son dos planetas gemelos —dijo de pronto Whipper, silencioso hasta entonces.

—Hay que tener en cuenta —objeté— que las aguas aptas para la vida humana son muy reducidas: las polares, concretamente, en una de las cuales nos hallamos. Por lo tanto, es de suponer que la expedición aterrice aquí…

—O en el Polo Sur, capitán —dijo Lowell, con lúgubre pesimismo.

—Está bien —dije—; hablando como hasta ahora no conseguiremos nada positivo. Lo que interesa es procurar que el otro avión haga un normal aterrizaje. Trae comida y armas y, de momento, eso y no otra cosa es lo que necesitamos.

—Un momento —dijo entonces Whipper, y todos nos detuvimos en el camino que hablamos iniciado hacia la playa.

—¿Qué ocurre? —empecé a temer alguna artimaña de las suyas, y, en efecto, mis presentimientos no me engañaron.

—Capitán, desgraciadamente, el «Amaltea» se ha hundido con todos sus tripulantes y, a excepción de nosotros y de los que se acercan con el cohete que usted pidió, no quedan otros supervivientes. Por lo tanto, ¿me es lícito preguntarle si su autoridad, ahora que hemos quedado desconectados con nuestro planeta, ha de seguir siendo la misma?

Abrí la boca, atónito. Cualquier cosa menos aquélla podría haberme esperado, tan sorprendido me quede, que ni siquiera encontré palabras con qué contestarle.

En cambio, lo hizo Imógene por mí.

—¿Acaso lo duda, señor Whipper? —dijo gallardamente.

El abogado se encontraba ahora en su elemento, como el pez en el

agua.

—¡Naturalmente que lo dudo! —estalló—. El señor Carrillo ya no manda ahora ninguna astronave; ni siquiera una expedición científica. Ahora somos un grupo de supervivientes de una catástrofe y, con arreglo a procedimientos estrictamente democráticos, habremos de elegir nuestro jefe.

García me miró y luego dio un paso hacia Whipper.

—¿Le atizo, jefe? —pero el abogado no retrocedió.

—Hasta ahora —me dijo— no me ha quedado otro remedio que reconocer su autoridad, capitán Carrillo. Pero en lo sucesivo...

—Un momento, por favor —dije pensativamente—. Es probable que usted tenga razón, señor Whipper. Quizá a partir de este momento, no sea yo el hombre más indicado para mandarlos, pero creo, no obstante, prematura toda discusión sin saber antes la opinión de los que todavía tienen que aterrizar.

—Estarán en un todo conformes conmigo —dijo hoscamente el leguleyo.

—Puede —contesté secamente—; estarán de acuerdo con usted en que quizá haya que elegir un jefe, pero no en que precisamente ese jefe haya de ser usted, que es lo que está pretendiendo desde que salimos de la Tierra.

—Se le ha visto demasiado el plumero, Cicerón —dijo burlonamente Lowell—. De todas formas, no tema; yo ya le he encontrado un trabajo especialmente apto para usted: redactar nuestra Constitución, ¿qué le parece?

El rostro de Whipper se tornó de súbito rojo como el caparazón de nuestra langosta; Iba a hablar, pero le dejamos con la palabra en la boca; el cohete iniciaba de nuevo su descenso.

No dejé que sus ocupantes bajaran del mismo. Trepé por la escalerilla y me planté en el centro de la espaciosa cabina.

—Hemos de marcharnos inmediatamente de aquí —dije—. Habremos de buscar otro sitio mejor que éste; la atmósfera estará contaminada de radioactividad y, aunque es un buen lugar para acampar, no creo difícil encontrar otro parecido.

—Pero ¿qué ha pasado, capitán? —inquirió Bohlen, el piloto.

—Sí, eso es —dijo Spaulding, uno de los astrónomos de la expedición. Doce rostros me miraban con no disimulada ansiedad—. Vimos una explosión nuclear, cuyo origen…

—¿El… «Amaltea»? —exclamó incrédulo Spaulding.

Y no fue él solo quien expresó por medio de la palabra el infinito asombró que sentía.

Cuando se calmó el pequeño barullo que mis palabras habían originado, continué:

—Ignoro las causas —dije—; pero lo cierto es que por motivos que todavía desconocemos, nuestra nave del espacio cayó, atraída por el planeta, después de haber perdido, como es lógico, su órbita en torno a éste. A consecuencia de la espantosa velocidad de caída se incendió, y luego al chocar con el mar, sus motores atómicos estallaron. Eso es todo, señores.

—Que ya es bastante —dijo muy bajito Bohlen, expresando así la consternación general.

—O sea, en pocas palabras, somos unos náufragos, ¿no? —terció de pronto Gerard Van Roey, uno de los biólogos de la expedición.

—Así es, señor Van Roey —contesté—. Estamos perdidos en Venus, sin saber si algún día podremos volver a la Tierra. En medio del desastre, he de observar, sin embargo, que todos somos personas cultas y que en nosotros están reunidas todas o casi todas las ramas del saber humano. Ésta es una ventaja innegable y, si como espero, nos sabemos organizar, nuestra supervivencia no ha de ser difícil.

—Pero un día se agotarán los alimentos que traemos a bordo —adujo Bohlen.

—Venus tiene vida animal y vegetal —contesté.

—¿Animal? —exclamó, incrédulo, Van Roey.

Le conté lo que nos había pasado con el monstruo, lo cual le dejó de una pieza. Los demás que habían bajado conmigo subieron en aquel momento al aparato y comenzaron a charlar con el resto de los ocupantes del cohete, contándoles lo ocurrido. De pronto, Spaulding me miró, intrigado.

—¡Un momento, capitán! ¿Cómo es que usted y los otros vienen sin máscaras? ¿Acaso la atmósfera de Venus es respirable?

—Así es, señor Spaulding, aunque no puedo afirmarle cómo ni por qué. Sin embargo, le diré que en el momento de nuestro aterrizaje era nociva, pero un cuarto de hora más tarde, podíamos vivir en ella tan bien como si nos halláramos respirando en la Tierra.

—Luego no deja de constituir una ventaja el que podamos prescindir de las escafandras... —murmuró Van Roey.

—Sí; pero hemos de tener cuidado: en cualquier momento los remolinos de gases pueden sorprendernos y causar víctimas entre nosotros. Una constante vigilancia en tal sentido será la cosa más práctica y primordial que debemos hacer. Y ahora, Bohlen, creo que ha llegado la hora de la partida.

—¿Hacia dónde iremos, capitán? —interrogóme el piloto.

—Lo más acertado, creo yo, será bordear este mar hasta hallar un lugar parecido que pueda estar libre de contaminación radiactiva. Sin embargo, puesto que estamos en el Polo, habrá que tener en cuenta que no debemos alejarnos mucho de él; la temperatura aumentaría hasta límites insoportables, con lo cual nuestra vida se haría imposible.

—Está bien, señor —dijo Bohlen—; lo malo es que no hay asientos para todos y en caso de un aterrizaje dificultoso...

—Usted es un buen piloto —le dije, halagándole—. Y de todas formas, es preferible un brazo roto a un envenenamiento contra el cual no tenemos aquí los medios para curarlo.

Nos acomodamos como pudimos y un minuto más tarde la arena de la playa comenzó a alejarse. Teníamos una desventaja para la observación del lugar en que debíamos acampar, y era que el cohete tenía, dada la poca superficie de sustentación de sus alas, que volar muy aprisa. Pero llevando prismáticos a bordo, el inconveniente podía obviarse haciendo las observaciones desde más altura de la normal.

Durante un buen rato navegamos bordeando el mar, como había dicho. A mis espaldas, Imógene y el resto comentaban con los otros ocupantes del cohete las incidencias de cuanto nos' había ocurrido al llegar a Venus. Yo iba al lado de Bohlen, con unos binoculares en la mano, escrutando constantemente cuanto había debajo de nosotros.

Al cabo de media hora de vuelo le di orden de que volara en círculos, pues ya habíamos alcanzado suficiente distancia del lugar de la explosión como para no temer contaminación alguna. Sin embargo, la cadena montañosa que se hallaba casi a la orilla del mar no daba señales de ceder en su continuidad. El paisaje había llegado a ser ya un poco monótono y apenas se diferenciaba de aquel que habíamos visto a nuestra llegada: rojos picos que alcanzaban alturas escalofriantes, arena dorada, bosques de eterno verdor y mar del mismo tono que se perdía en un horizonte al parecer sin límites.

Suspiré:

—Bien —dije—; creo que ha llegado ya el momento, Bohlen.

—Si, señor —contestó el piloto, e inició un viraje sobre el océano para enfilar la playa. En aquel momento, Spaulding que también estaba mirando con otros gemelos, lanzó un grito de asombro.

—¿Qué es ello? —pregunté, volviéndome hacia él, y entonces me di cuenta de que el astrónomo no miraba a la hierba, sino al cielo.

Se mordió los labios.

—No quisiera haberme equivocado, pero juraría haber visto un punto brillante en el cielo, casi sobre nuestras cabezas. Hubo un repentino desgarrón en la capa de nubes y…

—Alguna estrella quizá —sugerí.

Spaulding meneó la cabeza, dubitativo.

—No lo creo; la luminosidad del sol es demasiada para que se puedan ver en el día venusiano. Y como ignoramos la duración de éste, habremos de aguardar a ver si hay noche para comprobar mí visión.

No podía decirse más en menos palabras, por lo que mi atención volvió hacia el piloto, el cual hacía perder altura al aparato. Muy pronto rodamos por la playa y un par de minutos después nos deteníamos a un centenar de metros de la selva.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se comprobó la naturaleza de la atmósfera exterior.

—Es respirable —dijo el biólogo.

—Muy bien, pues —contesté—. Lo primero que tenemos que hacer es

establecer turnos de guardia en torno a los indicadores de respirabilidad, para que avisen al menor síntoma de emponzoñamiento del aire. Corno nuestros cascos fueron arrastrados por las olas, en los momentos de descanso, los seis que bajamos primero dormiremos aquí; la cámara del cohete puede hacerse estanca en pocos segundos. Los demás no dejarán sus escafandras de la mano, en previsión de lo que pueda suceder, y si nosotros tenemos que realizar alguna misión de exploración, se nos prestará un casco, cuyo propietario se quedará aquí hasta nuestro regreso. ¿Entendido? Pues al trabajo: hemos de comenzar la instalación de nuestro campamento.

Inmediatamente nos pusimos manos a la obra. Lo primero fue disponer una barrera eficaz que nos protegiera de los ataques de cualquiera de aquellas enormes bestias, por el estilo de la que destruyó nuestro avión, que por casualidad diera con nuestro paradero.

Utilizamos para ello un sistema primitivo, pero altamente eficiente: cortamos gruesos troncos de árboles, con ayuda de las sierras de corte automático, los cuales aguzamos por una punta y clavamos luego firmemente en el suelo, en derredor de nuestro campamento, con el auxilio del tractor. No los clavamos verticales, sino en un ángulo de noventa grados, presentando las puntas hacia el exterior. ¡Por pesado que fuera el animal que nos atacara, quedaría ensartado contra la empalizada al embestirnos!

Sin embargo, tenía el presentimiento de que todo aquello no tendría otra utilidad práctica que distraer, con el trabajo, nuestras ideas pesimistas.

Durante todo el «día» trabajamos de firme, y al llegar lo que en la Tierra hubiera sido noche, todos nos entregamos a un más que merecido descanso. Por lo que a mí respecta, mi sueño fue muy profundo, tanto que no me enteré de lo ocurrido durante su transcurso, hasta que Imógene soltó un alarido que hizo trepidar el interior de la cabina,

—¡El médico, el médico! —gritaba aterrorizada.

Su índice señalaba el inmóvil cuerpo de Sigini, de cuyo pecho sobresalía el mango de un cuchillo. La sangre estaba ya seca y había tomado un color obscuro, cosa que indicó claramente que hacía al menos cuatro o cinco horas que había sido asesinado.

CAPÍTULO IX

Los rostros de todos nosotros estaban graves, llenos de pesimismo, cuando el cuerpo del infortunado Sigini quedó bajo el montón de tierra que indicaba, junto con la rústica cruz de ramaje, que había hallado su última morada. Whipper había chillado y alborotado, acusándonos a todos y cada uno de ser su matador, pero no había conseguido otra cosa que airadas repulsas y un soberbio «uppercut» de García, harto ya de él, que lo hizo rodar por el suelo con los pies por alto.

—Sin embargo —dije en la reunión que tuvo lugar casi a renglón seguido del sepelio del médico—, hay una cosa segura y es que el asesino del capitán Beaumont está entre nosotros. Por qué lo mató, por qué mató asimismo a Sigini, son cosas que, por ahora, permanecen en el misterio, pero que, no hay duda alguna de ello, tienen que estar forzosamente relacionadas entre sí.

—¡Debemos descubrirlo y hacerle sufrir su digno castigo! —gritó Whipper sin que ahora, lógicamente, se alzara ninguna voz en su contra, ya que aquello era lo que todos pensábamos.

—Todo eso está muy bien —contesté—. ¿Se encargará usted de la labor?

—Es mi profesión —respondió con ofensivo desdén.

—Lo sé, señor Whipper, pero no hace falta saber de leyes para darse cuenta de que el asesino está aquí, entre nosotros —y al decir esto, mi brazo trazó un amplio circulo, señalando a la vez a todo el interesado auditorio—, y que, además, está escuchando todo cuanto decimos, lo cual le permite estar al corriente de nuestras intenciones. En su Nueva York no pasaban las cosas así; téngalo usted bien presente, Whipper.

—Conozco mi oficio —reiteró el fiscal sin perder su tono orgulloso.

—Tanto mejor —contesté—. Eso quiere decir que está seguro de cazar al asesino.

—Lo estoy —fue la rotunda afirmación.

—Entonces, ¿conoce también el oficio de verdugo? —y sin hacer caso

de la tempestad de carcajadas que había levantado mi observación, cogí a Imógene de la mano y los dos nos alejamos a corta distancia.

La muchacha me miró con sus grandes ojos llenos de pesimismo.

—Oh, Billy, Billy —exclamó—, ¡qué situación tan apurada la nuestra!

—¿Por qué se preocupa, Imógene? Todos los náufragos hubieran querido hallarse en nuestro sitio. Todos somos personas capaces, inteligentes, llenos de sabiduría, incluidos usted y yo, sin falsa modestia. Por lo tanto, si se logra una leal y sincera cooperación...

—¿Cooperación? ¿Con un asesino? —me interrumpió con amargo sarcasmo.

—¿Por qué no? ¿Quién sabe si estaba enemistado con Beaumont y Sigini y, una vez satisfecho su odio se abstenga de cometer más crímenes?

—Pero... ¡convivir con él, Billy! —se dolió la joven.

—De momento no nos queda otro remedio, Imógene —le dije—. Por otra parte hay que tener en cuenta que, a lo que parece, tenemos aquí para rato. Es inevitable que, un día u otro, habrá de descubrirse y entonces...

—Sí, pero, ¿qué castigo le impondremos? La pena de muerte sería lo más lógico, obrando como obra nuestra sociedad, allá en la Tierra. Sin embargo, las preguntas se plantean por sí solas: ¿quién le juzgará? ¿quién le condenará? y, una vez obtenido el veredicto de culpabilidad, ¿quién se encargará de hacer cumplir la sentencia?

Me encogí de hombros:

—Esos, Imógene, son problemas a los cuales no hay respuesta por ahora, y no la hay porque todavía no ha llegado ese momento. Es inútil, pues, preocuparse por una cosa que todavía ignoramos si ha de suceder.

—Sí —murmuró ella—; tiene usted razón, Billy.

—De todas formas, yo tengo que hacerle a usted una pregunta, Imógene.

—Hágala —dijo ella sencillamente, clavando en mí la verde inmensidad de sus hermosos ojos.

—¿Por qué tiene usted, o mejor dicho, por qué tenía tanto interés en venir a este planeta? ¿Por qué, cuando nos encontramos con el cohete número 2 del «Antares», se dedicó tan afanosamente a reconocer los cadáveres de quienes viajaban en su interior?

El bello rostro de Imógene se sonrojó, al mismo tiempo que su mirada era desviada. Su seno se agitó tumultuosamente a impulsos de una agitada respiración, provocada por unas emociones cuyas causas yo desconocía, y al fin, con voz muy baja, me contesté:

—No…, no puedo contestarle por ahora, Billy. Dispénseme, pero lo mejor será que volvamos. Quizás en otra ocasión.

Veinticuatro horas más tarde, y tras una larga deliberación, decidí que era necesario explorar los alrededores de nuestro campamento, para lo cual, además del rifle de Mulkepinns, nos llevaríamos el tractor del segundo cohete, en el cual iríamos todos los que habíamos desembarcado la primera vez y que aún vivíamos. El contacto radial sería continuo, y mientras nosotros explorábamos, los que allí se quedaban procurarían mejorar las instalaciones de nuestro campamento.

Una de las cosas que debíamos averiguar era si los animales que nos encontráramos en el camino eran comestibles, así como las posibilidades de su aclimatación a la vida doméstica, por todo lo cual sugerí que el concurso de Van Roey, el biólogo, nos sería muy útil, a lo cual el interesado no puso ninguna objeción.

Así pues, después de la comida de mediodía, montamos en el tractor y salimos, adentrándonos en la selva con la intención además de buscar un posible paso entre las montañas de la cadena, cuyas cimas se elevaban a alturas colosales casi por encima de nuestras cabezas, ya que a fin de cuentas no debíamos limitarnos a una existencia rutinaria sin movernos de nuestro campamento; en cuanto nos fuera posible, debíamos averiguar las condiciones de habitabilidad del planeta para una futura colonización del planeta, cosa que no dejarían de agradecernos las venideras generaciones.

—Hasta es posible que un día nos levanten un monumento —dije, expresando, sin darme cuenta, mis pensamientos en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Lowell, a mi lado, conduciendo el tractor.

Le conté lo que pensaba, e Imógene, que iba a mí lado también, murmuró:

—¿Llegará acaso ese día?

—¿Hay motivos para dudarlo?

—A mí no me importa que me levanten o no un monumento —refunfuñó el español, quien a continuación agitó amenazadoramente el rifle—. Lo que me interesa ahora es pescar al asesino del médico. Y que procure correr, porque de lo contrario le haré picadillo.

Whipper habló y, por vez primera, con bastante sensatez.

—Yo creo que, crímenes a un lado, el problema más inmediato es el de nuestra supervivencia y más tarde el de un problemático rescate.

—Que no llegará nunca —mascculló el habitualmente silencioso Masterson, a lo cual yo me opuse.

—Eso es pensar mal de la raza humana, Masterson —objeté—. El hombre ha sentido siempre el ansia del descubrimiento. Si Colón hubiera fracasado, no hubiese faltado quien se lanzara a los peligros del entonces desconocido Atlántico. Y un día u otro, América habría acabado por ser descubierta.

—Lo cual quiere decir que, aunque no volvamos jamás a la Tierra, el «Amaltea» no será el único navío espacial que envíen a Venus, ¿verdad? —dijo Van Roey.

—Así es —contesté—. Cuando pase un tiempo prudencial sin nuestro regreso, se formará el gran escándalo, pero pasados algunos años, una nueva expedición será enviada. Y no todas las astronaves se estrellarán contra este planeta. Tarde o temprano, los viajes entre la Tierra y Venus se realizarán con absoluta normalidad.

—Sí, pero ¿viviremos nosotros para entonces? —inquirió lúgubremente García, y yo me encogí de hombros.

El silencio volvió de nuevo a la cabina del tractor, el cual avanzaba con bastante lentitud a causa del espesor de la selva, las variadas formas de cuyos árboles y plantas no dejábamos de admirar.

De pronto, un animalillo surgió de entre la espesura. Se plantó frente a nosotros y luego, asustado repentinamente, desapareció de nuevo en la jungla.

—¡Rayos! ¡Un cabritillo! —gritó el español—. Con las ganas que tengo yo de un buen asado…

—No es un cabritillo —le corrigió el biólogo—; lo parece, pero…

—Me basta con que su carne se pueda comer —masculló García—; su nombre y su aspecto me tienen sin cuidado.

En cierto modo, y a pesar de que apenas habíamos tenido tiempo de fijarnos en él, si parecía pertenecer a la raza de animales que había mencionado el español, aunque tuviera algunas características diferentes. No obstante, la visión de aquel animalillo no dejaba de ser ciertamente confortable, pues alejaba el espectro de la nada agradable muerte por hambre, suponiendo, como parecía ser, que su carne fuera comestible.

—No hay razón alguna para lo contrario —dijo el biólogo—; sin embargo, hasta que no tengamos uno no lo podremos afirmar rotundamente.

—Diga usted mejor hasta que lo hayamos comido —rió García.

Al cabo de cuatro o cinco horas, la espesura de la selva pareció ceder y, de común acuerdo, convinimos en que un descanso sería una cosa muy de agradecer. Habíamos visto más animales como el primero y la caza de uno de ellos no sería cosa de mayores dificultades.

Comprobada la respirabilidad de la atmósfera, saltamos a tierra. La temperatura, no obstante, era elevada, aunque, despojados de las escafandras, perfectamente soportable. Caso de una invasión de gases nocivos, tendríamos tiempo de introducirnos de nuevo en la cabina estanca del tractor.

De pronto, otro cabritillo surgió ante nosotros y se nos quedó mirando con extrañeza.

—No ha debido ver seres humanos —dijo Van Roey—; de lo contrario, huiría de nosotros.

—¿Sí? —exclamó García, y en dos saltos se echó encima de la pobre bestia, la cual, un cuarto de hora más tarde, colgaba, despellejada y libre de sus vísceras, de la rama de un árbol, en tanto que los demás nos ocupábamos de encender un buen fuego.

Una hora después, todos andábamos a vueltas con las grandes hojas de árboles, convertidas en servilletas, limpiándonos la grasa de la que nos había parecido suculenta comida. García se pasó la mano por el vientre y sonrió.

—Ya hacía tiempo que no comía como los cristianos —dijo, y calló repentinamente, porque un sordo rugido se había oído a muy corta distancia.

Todos nos pusimos en pie de un salto, esparciéndonos en todas direcciones, buscando la protección de los árboles. Y apenas lo habíamos hecho cuando un animal de pesadilla apareció ante nuestros ojos.

García levantó el rifle, dispuesto a abatir a aquella especie de colosal elefante, con el cuerpo lleno de larguísimos vellos, que más le hacía parecerse a un prediluviano mamut, pero el biólogo alargó su brazo, deteniéndole el ademán.

—No; no lo haga; sus intenciones parecen pacíficas.

Las palabras de Van Roey parecían ciertas, pero el mamut se acercó, caminando pesadamente, al tractor, al que estudió con sus minúsculos ojillos, como si viera en él a algún posible enemigo de especie desconocida. Luego, inclinando la poderosa cabezota, arremetió contra el tractor, volcándolo.

García aulló encolerizado, y se echó de nueve el rifle a la cara. Sin embargo, la fiera, asustada de repente por alguna razón que no pudimos averiguar, dio una repentina media vuelta y se ocultó en la jungla antes de que el encolerizado español tuviera tiempo de dispararle.

Los gritos de rabia de García nos ensordecieron a todos, pero como con aquello no se arreglaba nada, nuestra primera preocupación fue examinar el vehículo, el cual, afortunadamente, no parecía haber sufrido grandes daños.

—El problema será, empero, ponerlo en pie —dijo Lowell.

Miré hacia las ramas de los árboles.

—Sí —afirmé—, será un poco costoso, pero lo conseguiremos. Trenzaremos unos cables con lianas y haremos palancas de las ramas de los árboles. Material no falta, de modo que manos a la obra.

Sin embargo, al terminar, todo ya resuelto, estábamos tan cansadísimos que no tuvimos fuerzas para continuar. Después de comunicar con el campamento, decidimos que lo mejor sería despachar allí mismo un buen sueño, y así lo hicimos, no sin antes cazar otro cabritillo que nos proporcionó una excelente cena.

Ocho horas más tarde seguimos el viaje con el resultado de que, aproximadamente un kilómetro más allá, un farallón de unos treinta o cuarenta metros de altura y pendiente casi vertical, nos cerró el paso.

Antes de continuar, decidimos que una cosa muy oportuna sería averiguar qué era lo que había al otro lado de la muralla, por todo lo cual, saltando al suelo, nos encaminamos hacia ella, sin dejar de hacer diversos comentarios sobre lo que nos había ocurrido.

Empezamos a subir con escasas fatigas, pues si el farallón era impracticable para el vehículo, en cambio tenía numerosas irregularidades que facilitaban su ascenso a las personas, y pocos minutos después nos hallábamos en su cima.

El aliento se nos cortó al contemplar el singular panorama que apareció ante nuestra vista.

Un pequeño lago, de unos tres o cuatro kilómetros de anchura y espléndido color verde, se hallaba como encajonado en una especie de valle situado a unos cien metros bajo el muro. Árboles de todas clases, sin que en ningún momento compusieran una selva inexplorable, daban una deliciosa tonalidad de paraíso a aquel lugar, en el cual se veía correr los animales terrestres y volar aves de rarísimas y desconocidas especies, cuyos plumajes, de rutilantes colores, eran un regalo para la vista.

—Cualquiera diría que esto es el Paraíso Terrenal —comentó García.

—Sí —dijo Van Roey—; hemos visto fieras prediíuvianas; por lo tanto, según el ciclo biológico natural, el hombre no puede tardar en hacer su aparición.

—¡Bah! —refunfuñó Whipper—. Cosas de naturalistas. Eso es imposible. Nosotros somos los únicos seres humanos que hay en este planeta.

—Bueno —dije—, pero no me negará que lo que estamos viendo es un Edén.

—Si —rió Lowell—; pero faltan Adán y Eva. ¿Donde están?

García estaba recorriendo aquel lugar por medio de sus prismáticos y dijo de pronto, sin emplear más que una sola palabra:

—Allí.

—Allí, ¿qué, García? —pregunté.

—¿No estaban ustedes hablando del Paraíso y de Adán y Eva?

—Sí, pero…

—Pues, a menos que los prismáticos me estén haciendo trampa, puedo decirles que estoy viendo a Adán y Eva, señores —dijo el español, con toda solemnidad, sin la menor pizca de ironía en la voz.

Durante un minuto al menos, nos quedamos sin habla. Luego, precipitándome sobre él, le arrebaté los binoculares, enfocándolos hacia el punto que me señalaba con su índice.

Apenas había mirado a través de los lentes, me quedé parado, frío. ¿Cómo podía ser posible aquello? ¿Sería verdad que estábamos asistiendo al nacimiento de un nuevo mundo?

Podrían no llamarse Adán y Eva aquellos dos seres a quienes yo veía con los prismáticos, acercados a mis pupilas como si los tuviera a diez metros de distancia, pero, en todo caso, nuestros primeros padres tuvieron que vestir igual que ellos en el perdido Paraíso.

El hombre llevaba una especie de calzones cortos de piel de cabritillo, y la mujer, muy hermosa por cierto, aunque con indudables signos de su madurez de edad, vestía también de pieles. El hombre estaba acuclillado, soplando para avivar el fuego, en tanto que ella se disponía a preparar la comida.

Tras ellos, al final del pequeño claro, habían construido una tosca cabaña de piedras planas o losas, baja y ancha, que apoyaba su parte posterior en la colina. La misma clase de piedras constituían el techo y me di cuenta de que estaban colocadas expresamente para soportar las abundantes lluvias, características de Venus. A la izquierda de la cabaña había gran extensión de árboles de especies desconocidas de nuestro mundo, con abundantes y extraños frutos colgando de sus ramas. La variedad de sus clases y tipos demostraba a las claras que habían sido plantados ex profeso para disponer de distintas variedades de frutas.

En el otro lado, una enorme extensión de campo cultivado, cortado aquí y allá por el paso de varios arroyos para el regadío, se perdía hasta cerca del bosque el cual debía proporcionar a aquellos seres que tan ingeniosamente habían sabido adaptarse a aquella vida, toda la caza y la madera para construcción que sus necesidades precisaran.

Frente a la casa, en lo que pudiéramos llamar el porche, pude ver varios muebles de tosca fabricación, pero que debían cumplir su cometido a las mil maravillas.

También había enseres de cocina, platos, vasijas, grandes ánforas para transportar agua hasta la casa, todo construido con arcilla cocida.

También había algo más; un pequeño caballito de madera, una silla diminuta y varios juguetes de madera, pacientemente fabricados por la mano del hombre, los que me demostraron que en aquel planeta también había chiquillos.

—¡Santo Dios! —exclamé, cuando pude recobrar el habla—. ¡Seres humanos en Venus!

Van Roey me arrebató los gemelos y se quedó también boquiabierto. Los demás, que naturalmente, sabiendo dónde estaba la pareja, la veían ahora aunque sin poder precisar sus facciones, aguardaban tremendamente excitados su turno para mirar a través de los prismáticos.

Vi de pronto un minúsculo personaje salir de entre las piedras y trepar por las rodillas de la mujer hasta colgarse de su cuello. Eva abrazó y besó a su hijo con pasión, y en aquel momento sonó un grito desgarrador.

Imógene tenía los gemelos ante sus ojos, pero las manos le temblaban convulsivamente.

—¡Janet! ¡Janet! —gritaba y, no pudiendo más, cayó de rodillas, sollozando.

Me incliné hacia ella, procurando calmarla.

—¿La... la conoce usted...? —inquirí, pues me parecía saber el secreto de la joven.

—Sí... —y lo que dijo a continuación nos tumbó a todos de espaldas—: ELLA... ES... ES... MI... HERMANA...

Acto seguido, recuperándose, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia abajo, llamando a grandes gritos a la mujer.

CAPÍTULO X

El misterio de Imógene acababa de dejar de serlo. En un segundo lo había comprendido todo, viéndolo tan claro como el ciego que, merced a un milagro recupera de pronto la vista perdida años atrás. Parecía imposible, resultaba increíble, carecía de toda lógica y, sin embargo, era verdad.

Pero no podía entretenerme en dar explicaciones a mis compañeros. Yo también eché a correr detrás de la joven, la cual, ciega, sin ver nada que no fuera a su hermana, corría por la suave pendiente del valle hacia el lugar en donde se hallaba la pareja.

—¡Janet! ¡Janet! —llamaba Imógene a grandes gritos, sin dejar de agitar los brazos frenéticamente.

Sin podernos contener, todos galopábamos desesperadamente tras ella, y estoy seguro de que los otros, que no comprendían nada, pensaban que Imógene se había vuelto loca de repente. Pero no ocurría nada de eso: al cabo, su tenacidad había tenido el premio correspondiente, y por fin había logrado conseguir lo que con tanto afán había perseguido durante más de siete años.

Los gritos llegaron al fin a oídos de la pareja. Adán y Eva, llamémoslas así por el momento, se pusieron en pie, y en tanto que la mujer estrechaba contra su pecho al niño, el hombre, precavidamente, se puso a la defensiva, empuñando una rústica clava con su fuerte mano.

Corriendo en tropel llegamos en pocos minutos a donde estaban aquellos tres seres y entonces fue cuando la mujer reconoció a nuestra psicóloga.

En un principio se negaba a conceder el menor crédito a lo que sus ojos veían, pero las frases de la joven se lo aclararon todo.

—¡Janet! ¡Soy yo, tu hermana! ¡Soy Imógene! ¿No me conoces?

Eva abrió mucho los ojos y, de súbito, dejó al niño en el suelo. Abrió los brazos y corrió hacia Imógene. Las dos hermanas se fundieron en un estrechísimo abrazo, llorando a lágrima viva.

Entretanto, el hombre había depuesto su actitud belicosa, Dejando la clava a un lado, salió a nuestro encuentro.

Yo fui el primero en dirigirme a él.

—Soy el capitán Carrillo, comandante del «Amaltea», en viaje de exploración a Venus.

—Encantado de conocerle, amigo —me respondió Adán con amplia sonrisa, al mismo tiempo que me estrechaba la mano—. Me llamo Borgward, Frank Borgward y hubo un tiempo en que mandé…

—¡El «Antares»! —aullé—. ¡Frank Borgward, comandante del «Antares»!

—Sí, el mismo, pero… —mi interlocutor parpadeó asombrado.

—No se moleste, Borgward; conocemos toda su historia, por lo menos hasta el momento de su desaparición. Pero antes permítame presentarle a mis amigos.

Borgward estrechó sucesivamente varias manos cuyos propietarios se alegraron infinito de ello, y apenas habíamos terminado, Imógene se nos acercó.

A su lado venían Janet, su hermana, y un precioso chiquillo de unos seis años, que nos miraba con unos ojos tremendamente abiertos. El pobre tenía razón en asombrarse: éramos los primeros seres humanos que veía, aparte de su padre y su madre.

—Billy —dijo suavemente Imógene, en cuyas pestañas vibraban todavía las lágrimas que había derramado—, aquí le presento a Janet, mi hermana.

—Me alegro infinito de conocerla, señora Borgward —dije—; ahora comprendo por qué Imógene tenía tanto empeño en venir a Venus.

—Tenía el presentimiento de que Janet y Frankie no hablan muerto y que vivían, como náufragos, en algún rincón perdido, pero habitable, del planeta —dijo, inmensamente satisfecha, la joven—. Y mis presentimientos no me fallaron.

—Está bien —dije—. Para profeta no tendría usted precio, Imógene. Sin embargo, ahora nos gustaría a todos que el capitán Borgward nos dijera cómo consiguió sobrevivir a la catástrofe ocurrida a su nave.

—Pues… en realidad no hubo tal catástrofe, sino que una buena mañana Janet y yo nos encontramos solos. Tenía un oficial, John Bullock, el cual estaba resentido conmigo porque creía que yo había

intrigado para hacerme con el mando del «Antares» y, naturalmente, se consideraba postergado. En el viaje de ida, o sea, de la Tierra aquí, ya tuvimos unas cuantas discusiones, algunas de ellas violentísimas. Tomamos tierra, empezamos a explorar, y un día, aprovechando nuestro sueño, se largó con el cohete, dejándonos solos. Sin embargo, para apoderarse de él debió sostener una terrible lucha con el piloto y el radio, únicas personas que, aparte de nosotros, habían tomado tierra, y los mató. Si luego él se mató o vive todavía, es algo que, de momento, ignoro por completo.

—¿Y el «Antares», capitán Borgward? ¿No ha vuelto a tener noticias de él?

El aludido movió la cabeza con pesimismo.

—No, esa es la verdad. Pero a veces he creído ver, en la noche venusina que, a propósito no ha de tardar ya mucho, un puntito luminoso desplazándose a gran velocidad en el cielo. No puede ser una estrella porque corre demasiado, y además, sale siempre por el mismo sitio; es decir, cuando las nubes nos lo permiten ver. En total, habremos observado su paso unas dos docenas de veces.

—Es, pues, raro que, continuando el «Antares» en su órbita alrededor de Venus, no hayan sido capaces, en tanto tiempo, de enviar un cohete para averiguar lo que pasaba.

—Uno de ellos nos lo encontramos en el viaje, capitán —me recordó de pronto Lowell, y entonces yo conté a Borgward lo que habíamos visto.

El rostro de mi interlocutor se ensombreció.

—Entonces… ¿qué habrá sido de los demás?

—Lo ignoro, Borgward —contesté—. Sí, en cambio, puedo decirle que ahora todos estamos en las mismas condiciones que ustedes.

—¡No! —gritó, estupefacto.

—Sí, capitán —afirmé—. El «Amaltea» abandonó la órbita y se hundió en el mar que hay al otro lado de la selva. Sus motores nucleares hicieron explosión a unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí.

—Debe de ser el trueno que oímos hace unos días y cuya causa no supimos hallar —murmuró Janet pensativa.

Su marido estaba consternado.

—Y yo que pensé poder volver a la Tierra —dijo sombríamente.

—No se preocupe —dije, dándole una afectuosa palmada en el hombro—; hay más hombres allá y entre todos constituiremos una colonia próspera y civilizada que podrá aguardar con perfecta tranquilidad la llegada de una nueva expedición. Si incluso tenemos un avión—cohete en perfectas condiciones de vuelo.

—Si, pero ese cohete no nos sacará de aquí —dijo Janet, estrechando a su hijo en sus brazos—. No lo siento por mí, pero el niño...

—A propósito —dije, procurando desviar la conversación de tan desagradable tema—; en el «Antares» estaban proscritos los tripulantes casados.

Imógene me sonrió maliciosamente.

—Cierto; pero no había nada dicho acerca de los matrimonios celebrados en secreto.

—Ah —exclamé, mirándola—. Lo que no me explico es cómo consiguió venir usted formando parte de la expedición. Cualquier cosa nos hubiera hecho falta menos una psicóloga.

Las dos hermanas y Borgward se echaron a reír simultáneamente.

—No me llamo Courtenay —aclaró Imógene al fin—, sino Riffley, y fue mi padre el que insistió en mandarme, cosa que yo, por otra parte, estaba deseando. Teníamos la seguridad de que Janet y Frankie estaban aún vivos.

—Sí —murmuré con lúgubres acentos—, y ahora en lugar de haber perdido una hija, ha perdido las dos, de no cambiar nuestra situación.

Aquello nos trajo a la realidad. Durante, unos momentos permanecimos silenciosos hasta que Janet, de pronto, dijo:

—Supongo que querrán ustedes comer algo, ¿no? Espero sabrán dispensarme por el servicio, pero me olvidé la vajilla en el «Antares» —sonrió, aliviando la situación con sus palabras.

En tanto que hacíamos honor a los rústicos, pero sólidos, manjares de los Borgward —carne cocida y asada, tortas de harina y unas frutas extrañas pero deliciosas al paladar—, la conversación no cesó un

momento, en un constante tiroteo de preguntas y respuestas que sólo se atenuó al cabo de una hora larga de incesante charla. Borgward, fumando placenteramente el primer cigarrillo al cabo de siete años, me dijo:

—De modo que ustedes también tuvieron sus accidentes, ¿verdad?

—Ya lo creo, capitán —respondí—. Empezando por la muerte de Beaumont y la explosión de los depósitos y los tubos de oxígeno de los sopletes...

Me interrumpí de pronto.

—¿Qué le ocurre, Carrillo? —inquirió Borgward, extrañado.

Pero yo no le contesté: estaba mirando a Masterson, que se hallaba un tanto alejado de nosotros, dándonos la espalda, sentado en una roca a la orilla del lago. Arrojaba indiferentemente, de cuando en cuando, una piedrecita que rompía la tersa continuidad de las esmeraldinas aguas con bruscos círculos concéntricos.

Me puse en pie.

—¡Masterson! —llamé, y el hombre se volvió.

—¿Qué hay, capitán? —dijo.

—Venga para acá —ordené secamente.

El cuarto oficial obedeció, con lento y pesado paso, cómo si le costase un tremendo esfuerzo el venir hacia nosotros.

Se detuvo al lado de García, quien estaba tumbado indolentemente en el suelo, con el rifle a un lado.

—Masterson, mire al capitán Borgward; Frank, mire a Masterson.

Los dos hombres se contemplaron unos momentos sin pestañear. Los ojos del capitán del «Antares» se fueron abriendo poco a poco, en una expresión de inmenso pasmo.

—¡No es posible! —dijo al fin—. Podría ser, pero no se le parece en nada.

—Yo creo que sí —afirmé triunfalmente—. Masterson no se llama así, sino Bullock, el traidor que, por envidia o despecho, los dejó aquí abandonados a su suerte.

El aludido me miró fríamente.

—Usted bromea, capitán Carrillo —dijo en tono muy seco.

Extendí el brazo.

—No, no bromeo, Masterson o Bullock o como quiera que se llame. Ahora sé que es usted quien mató a Beaumont un poco antes de la partida del «Amaltea», sabiendo que así quedaba una vacante y que, con toda seguridad, le sería concedida a usted, como en efecto sucedió... —me interrumpí un momento, y me di cuenta de la tremenda excitación que estaban provocando mis palabras—. Luego, ansiando siempre provocar dificultades para desposeerme del mando, con la esperanza de que se lo dieran a usted, aflojó las válvulas de los balones de combustible y...

De pronto, sorprendiéndonos a todos, clavándonos en el suelo, Masterson, antes de que García pudiera percatarse de sus intenciones; se apoderó del rifle de éste, encañonándonos con el arma.

—¡Sí! —aulló roncamente, con el rostro deformado por la locura colérica que se había apoderado de él—. Yo fui; yo fui quien provocó todos esos accidentes, porque el mando del «Antares» me correspondía a mí. Y ahora... ahora —jadeó aquel supercriminal—, os mataré a todos. Arriba, en el cielo, continúa el «Antares» todavía, dando vueltas y más vueltas en torno al planeta, lleno de muertos, pero con combustible suficiente para que yo pueda volver a la Tierra, Ya lo hice una vez, ¿no lo sabían?

Hubo un coro general de asombradas exclamaciones. Pero a mí no me sorprendió. Dije:

—Usted cayó en el Brasil después de llegar con el cohete a la Tierra. Hizo que los motores estallasen, pero cuando ya estaba en seguridad, provocando así aquella explosión nuclear que tanto dio que hablar entonces, y cuyas causas acabamos de saber. Fue una gran hazaña la suya, Masterson. Supongo que llevaría balones de combustible a remolque, ¿no?, para abastecer su cohete en ruta.

—Así fue —contestó Masterson, y sus manos oprimieron nerviosamente el rifle.

—Usted vive —dije con seguridad—, porque ha tenido la suerte de topar con un tonto de nacimiento. Ahora me doy cuenta de que fue usted quien provocó el estallido de los depósitos del «Amaltea»; entonces no caí en la cuenta, pero usted tuvo un desliz, que, de

haberlo sabido aprovechar…

—¿Cuál fue? ¡Dígamelo pronto, capitán! —rugió aquel loco.

—Cuando yo, después del accidente, llegué a la Cámara Cero, usted me dijo que habían sido dos los balones reventados y que se había dado cuenta de ello, además de por el súbito giro de la nave, por el fogonazo de la explosión. Pero, en realidad, no hubo tal fogonazo, Masterson: el combustible se escapó a gran velocidad, provocando un movimiento inverso de reacción que es lo que nos hizo dar la voltereta. Sin embargo, yo caí como un chino en la trampa. De haber pensado usted esto antes, no habría preparado el accidente que causó la pérdida del «Amaltea». Es claro, usted tiene asegurado siempre el regreso, y puesto que no mandó la primera expedición a Venus, nadie mandará otra sin su consentimiento, y usted no lo dará, ¿verdad, Masterson? Soy un idiota —concluí—; ciertamente me merezco que usted me vuele la cabeza.

—Eso es lo que pienso hacer —dijo Masterson, con una torcida sonrisa.

—Un momento —exclamé—. Antes diré que usted mató a Sigini porque éste, después de la explosión del soplete que causó aquellos muertos, hubo de reconocerle. Al médico le extrañó que, hallándose usted tan cerca del centro de la explosión, no le ocurriera nada. Empezó a sospechar de usted y claro, cuando la sospecha se hizo certidumbre, le apuñaló, ¿No es así?

—¡Lástima de detective, capitán Carrillo! —volvió a sonreír aquel loco —. El mundo se ha perdido un gran Sherlock Holmes.

—Me gustaría —dije pensativamente—, saber qué le ocurrió en la cara. La tiene muy cambiada; de lo contrario, el capitán Borgward le habría reconocido al instante.

—Fue al aterrizar en el Brasil. Tuve que atravesar la selva, ¿sabe? Una selva al lado de la cual ésta en que nos hallamos resulta completamente ridícula. Allí hay muchas fieras y una de ellas me atacó por sorpresa. Sus garras me destrozaron el rostro… pero, bueno, ¿qué les importa eso a ustedes? Total, unos cuantos disparos y…

Sonó la primera detonación, estremeciéndonos a todos. Pero la bala salió por las alturas.

García había continuado, durante toda la conversación, echado casi a los pies del asesino. Le bastó alargar uno de los suyos, metiéndoselo

entre las piernas, para derribarlo al suelo.

Masterson lanzó un colosal rugido de rabia e intentó incorporarse. Pero yo también tenía algo que hacer allí. Con toda la fuerza que me infundía la cólera y la furia provocada por las atrocidades cometidas por aquel criminal, disparé el pie.

Masterson lanzó un atroz alarido de dolor que consiguió apagar el crujido de los huesos de su brazo, roto por mi fenomenal golpe. El rifle le voló de las manos, cayendo a seis pasos de distancia.

Quiso ponerse en pie, pero en aquel momento una persona cayó sobre él, levantando algo con ambas manos sobre su cabeza. La clava de Borgward describió un veloz semicírculo en el aire, y al terminar su trayectoria, el cráneo de Masterson estalló con siniestro ruido.

Durante unos momentos, corriéndole verdaderos ríos de sangre por la cara, se mantuvo en pie. Luego, de pronto, se volcó a un lado y ya no se volvió a mover más. Entonces Whipper, con la ensangrentada clava en las manos, giró hacia nosotros, mirándonos desafiante:

—Me usurpó usted mi papel, capitán Carrillo —dijo con orgullo—. Pero el de verdugo ha sido mío y es la primera vez que me alegro de desempeñarlo sin que tenga el menor motivo de arrepentimiento. ¿Alguno de ustedes tiene algo que alegar?

Levanté solemnemente la mano:

—Caso fallado, señor fiscal —dije.

Entonces Imógene, sin poder resistir más, corrió hacia mí, y sepultó su sollozante cabeza en mi pecho. Por encima de sus dorados cabellos vi cómo García alargaba la mano y estrechaba fuertemente la del abogado.

Poco más hay que contar. Encontramos al «Antevés» convertido en una tumba del espacio, llena de cadáveres por la insania de Bullock o Masterson, cuyo herido orgullo le había conducido a la mayor de las locuras, y aunque el reacondicionarlo fue obra de romanos, dado que faltaban muchas cosas, destrozadas tanto por el criminal como por los que en vano habían intentado uña trágica huida, al fin logramos hacerlo despegar de su órbita y colocarnos en una que nos llevara a la Tierra.

Naturalmente cedí, y de muy buena gana, el mando a Borgward. ¿Para qué quería yo perder el tiempo con los instrumentos, teniendo a

Imógene a mi lado?

—Nos casaremos en cuanto lleguemos a la Tierra —dije, pero ella denegó.

—No, querido —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, asombrado.

—¿No te imaginas lo maravilloso que tiene que ser una luna de miel en el lugar en que Frankie y Janet vivieron más de siete años?

La espera sería quizá un tanto larga, pero al final la recompensa sería, para nosotros dos, la mejor del mundo.

FIN

[1] El misterio de la «María Celeste» es uno de los insondables sucesos ocurridos en el mar y que jamás han podido tener explicación. (N. del A.)